THE LIBRARY OF CONGRESS SERIAL RECORD NOV 1948 Copy

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV — San José, Costa Rica — 1948 — Viernes 30 de Setiembre — No. 9

Año XXIX — No. 1060

Filosofía quichua

Por *Alejandro KORN*

(En el *Rep. Amer.* Envío de *A. J.*, en Buenos Aires. Rep. Argentina).

Envío: *Una serie de escritos humorísticos, pero con mucha miga, de Alejandro Korn, el filósofo argentino de la* Libertad Creadora, *permanecen prácticamente inéditos, olvidados en las páginas de revistas extinguidas. Entre estos artículos no recogidos hasta ahora recordamos:* Eutrapelia, Epístola al Cocobacilo, Palingenesia, A un neófito, Teddy, Il sommo rinoceronte... *Algunos aparecieron con su firma y otros como notas de redacción o con las iniciales* W. W. Filosofía quichua *pertenece a esta serie olvidada y es casi desconocido. Se publicó en* Vida Nuestra *de Buenos Aires en* 1922. *En la nueva edición popular de obras de Alejandro Korn, que tiene en prensa la* Editorial Claridad, *se incluyen algunos de estos artículos olvidados.*—A. J.

No soy quichuísta, ni aspiro a serlo. Me apresuro a adelantar esta ingenua confesión, temeroso de provocar la ira de los iniciados. El gremio de los americanistas es, como el de los poetas, una grey irascible. Si escasas consideraciones se guardan mutuamente, ninguna alcanza el intruso, bastante audaz para penetrar en el vedado dominio. Hasta nuestro Vicente Fidel López, dechado como es sabido de afable mansedumbre, la pierde cuando alterna con sus cofrades incásicos. Tschudi habla mal de Markham y Middendorf de ambos. El seráfico padre Mossi anatematiza a cuantos le tocan la quichua, según él, simple dialecto del hebreo.

La filología, sin duda, pervierte el carácter. Lo podemos observar aun en los humanistas clásicos, tan inhumanos entre sí, pero el estudio de los idiomas indígenas pone en la controversia impulsos primitivos.

En la gramática del quichua quiteño del P. Grimm descubro el siguiente paradigma: askca apucuna cashpaca quiquinpura macanacun: Cuando son muchos los jefes, entre ellos macanean. El abnegado misionero no entiende hacer una metáfora y merece demasiado respeto para atribuirle una intención mordaz. Emplearé sin embargo la frase, si alguna vez se me ocurre hacer un libro, no sobre el quichua (D. n. g.) sino sobre los quichuístas.

Retorno de una breve excursión al quichua, y como si hubiera contemplado un paisaje desde la ventanilla del tren, refiero mis impresiones. Sin ocultar los riesgos, quisiera inducir a otros a explorarlo con más solaz.

Por de pronto, me he convencido de cuán urgente es introducir el estudio del quichua en nuestros programas oficiales. Quienes se oponen a la enseñanza del griego y del latín, por ser tan vetustas jergas, de todo punto inútiles, me ecompañarán en esta reforma inspirada en el más puro utilitarismo.

Alejandro Korn

Sépase que los argentinos empleamos con preferencia voces quichuas. Desde luego usamos y abusamos de la macana, como pudieran hacerlo las belicosas huestes del gran Huaina Capac. Trabajemos en una chacra o en un tambo, nos alimentemos con *zapallos, choclos* o *chinchulines,* tomemos mate en un *poro,* hablemos del tiempo de *ñaupa* — siempre somos quichuisantes. Lástima que quienes se distraen en tan proficuas ocupaciones, les importe de etimologías casi tan poco como a la Real Academia de la Lengua. También la docta corporación ignora el runa shimi. En cambio les suele acaecer a los eruditos, tomar por vocablo indígena a alguno de los más castizos, introducido directamente de Extremadura por el propio Pizarro.

Llevóme a estas investigaciones el deseo filosófico de comprobar la existencia y la expresión de conceptos abstractos en un idioma de estructura gramatical tan distinta, vehículo de una civilización autóctona carente aún de signos gráficos.

Es un problema interesante determinar si los moldes habituales del lenguaje cohiben la enunciación del pensamiento y cómo las conclusiones especulativas de una cultura filosófica superior salvan las trabas de una terminología preformada. Cuán difícil es, por ejemplo, representar una actividad sin agente, cuando por imperio del idioma cada verbo ha de referirse a un sustantivo, sobretodo cuando el nombre es, como en nuestros idiomas, el elemento dominante. Una concepción dinámica exigiría más bien el predominio del verbo para emanciparnos de las imágenes espaciales y estáticas.

Si consideramos a las preposiciones, los prefijos y los subfijos como los elementos más abstractos del idioma, la riqueza de estas partículas en el quichua sorprende. Incorporados por el mecanismo aglutinante a las voces radicales, modifican de múltiple manera su significado en ocasiones con matices delicados y sutiles. La naturaleza misma de las radicales, fluctuante entre el nombre y el verbo, dota a la expresión de una plasticidad singular. Si bien los sustantivos abstractos no son numerosos, no carece la lengua de capacidad para crearlos. Recordemos que nuestros propios términos abstractos son voces griegas o latinas en una acepción figurada: Dios es día, espíritu es aliento, etc. Semejante evolución la hallamos iniciada en el quichua.

Shungu es corazón, pero asimismo valor, voluntad, conciencia. No debemos extrañarlo, pues en castellano pudo decir el autor de la *Epístola moral* "que el corazón entero y generoso, al caso adverso inclinara la frente, antes que la rodilla al poderoso", sin temor a un reparo pedante.

La especificación suele ser deficiente. Yuyava significa pensar, entender, recordar, sospechar, imaginar: es decir, una serie de operaciones psíquicas se halla aún englobada en una sola expresión como v. g. en el logos griego, tan expresivo y tan ambiguo. Nosotros mismos, en el trato familiar, empleamos palabras como idea, concepto, etc., en sentido muy diverso.

Un curioso caso de falta de diferenciación lo ofrece el vocablo Pacha: designa a la vez el tiempo, el espacio, el cielo y el mundo. Se colige que primitivamente designaba sin precisión, todo cuanto es sin límites, lo infinito. Su significado, empero se concreta por un afijo Jaluapacha: el cielo, Caipacha: la tierra, Pachacamac: el creador del universo.

Posee el quichua, por otra parte, un procedimiento directo y de aplicación indefinida para la formación de conceptos abstractos. Es de especial interés pues nos permite sorprender al pensamiento humano en su primitiva ingenuidad. Consiste en agregar el verbo ser — cai — a un vocablo. Sumac: bello, Su maccai: belleza. Es decir, se abstrae un atributo y se le dota de existencia, de ser. No ha hecho ni hace otra cosa la especulación metafísica al crear "entes de razón", pero aquí el mecanismo empleado está a la vista. Para las funciones de mera cópula gramatical, el quichua no emplea el verbo ser, pues dispone de otros medios. Es esta una distinción envidiable.

De suerte que si un amauta filósofo hubiera querido expresar la resultante de sus meditaciones no le habría fallado el idioma y

en efecto los misioneros lo emplearon luego con éxito en la prédica y la enseñanza de la doctrina. También el pensamiento de la revolución de Mayo se trasmitió a los pueblos del alto Perú por bandos redactados en el idioma vernáculo.

Existe también, a más de la poesía popular, una no escasa producción con pretensiones literarias, pero a mi objeto sólo importan los pocos documentos auténticos, anteriores a la conquista.

La sistematización de la fe religiosa, fuera de duda, había salvado sus formas primitivas, y sobre la base de un antiguo culto solar tendía a refundir los mitos antropomorfos en un monoteísmo abstracto. Ya el disco del sol no era sino un símbolo visible de la divinidad trascendente. Concebida en hipostasis varias, como un principio cósmico, como el alma viviente de la naturaleza, iniciábase la evolución que debía constituirla luego en el supremo ideal ético. En el vulgo, es cierto, persistían las añejas supersticiones, resabios de tiempos más remotos, mientras en las clases superiores se depuraba el concepto religioso, y así se explican fácilmente los informes contradictorios.

El inca Garcilaso nos ha conservado un delicioso cantar dedicado a celebrar la lluvia fecundadora. Está imbuído de una sentimiento panteísta, de un misticismo erótico, no exento de malicia. Su analogía con muchos himnos védicos, en los cuales se personifican los agentes atmosféricos y se presta vida a los fenómenos naturales, es notable y no desdice al lado de ellos.

Pero el documento más interesante que conozco es el himno que por primera vez publicó Jiménez de la Espada. Lafone Quevedo lo reprodujo corregido y traducido al romance por el Padre Mossi. En esta composición se refleja una fervorosa emoción religiosa unida a una alta concepción de la divinidad. La anima el intenso anhelo de la comunión mística con el principio eterno, inaccesible a la razón humana, como un misterio cuya oculta esencia trasciende los límites del conocimiento, inescrutable e inefable. Torturado por angustiosas dudas en ansiosas interrogaciones, apostrofa el autor al Gran Desconocido.

Pido perdón a los manes del venerable fraile si me permito alterar levemente su traslado literal para darle una forma más literaria sin alterar su sentido.

"Oh, Viracocha, señor del universo, varón o hembra, — tú que engendras y concibes, — con ansias te conjuro: — ¿Dónde te ocultas? — ¿Acaso no soy tu hijo? — Desde las alturas, desde los abismos, — desde el esplendor de tu trono: — ¡Oyeme! — En la inmensidad excelsa donde moras, — en las profundidades del mar donde resides, — Hacedor del mundo, — Creador del hombre, — Señor supremo, — por verte a ti mis ojos desfallecen. — Si te conociera, te contemplara, te entendiera, — tú también me verías, me ampararías. — El sol, la luna, — el día, la noche, — el océano, el universo, — obedientes a la meta — se encaminan. — Cualquiera que sea: al término llegan, — que tu cetro les señala. Oyeme, escúchame, — que desfallezco, que muero".

Por su tono dubitativo, este desahogo de una alma atribulada por hondos problemas sólo puede compararse al himno de la creación del Rig Veda que en una versión mía, publicó ha poco *Vida Nuestra*. El canto védico es más reflexivo, de consiguiente más filosófico, pero expresa el mismo estado de ánimo, la misma suspensión del juicio, el mismo temor de una afirmación concreta.

En los salmos de la Biblia no hay ninguno semejante en su conjunto al del viejo quichua. Con frecuencia, por cierto, en algún versículo estalla el grito de la angustia: Por qué estás lejos de mí y te escondes en el tiempo de la tribulación, Mi alma tiene sed de Dios, el Dios vivo, cuando vendré y pareceré ante Dios, Cansado estoy de llamar, mi garganta se ha enronquecido, han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios. No escondas tu rostro de tu siervo, porque estoy angustia. Oyeme ¡oh Dios!, de mi alabanza no calles.

Se trata sin embargo, de un recurso poético. La duda no persiste ni es el tema fundamental de ningún salmo. De inmediato sigue la afirmación jubilosa de la fe inconmovible, pues al fin: Dios es conocido en Judá, en Israel es grande su nombre. La actitud filosófica asoma en otras partes del canon bíblico, en el poema de Job y en el Kohelet.

En el himno quichua no se revela tanto un estado de ánimo personal, cuanto el colectivo de los amautas. No solamente existen otros fragmentos poéticos de contenido análogo; en varios pasajes de los Comentarios Reales, cuando se menciona a Pachacamac, se le llama el Dios desconocido.

Garcilaso polemiza con Pedro de Ciesa porque éste a Pachacamac la califica de demonio e interpreta su nombre como hacedor del universo, "pues por ser español no sabía la lengua tan bien como yo, que soy inca". A su entender, siginifica "lo que el alma con el cuerpo, que es darle ser, vida, alimento y sustento".

No se percata el Inca cómo aquí asoma una reminiscencia casi panteísta de la vieja deidad cósmica. Dejo la temprana controversia etimológica a más entendidos, pero me inclino a darle la razón al hijo de la Palla Doña Ysabel. Aun en nuestras provincias subsiste la superstición de la Pachamama, el principio femenino de la naturaleza, que supone la existencia de otro viril, cuyo nombre era Pachayoyanchi, literalmente "nuestro padre del universo". El dualismo primitivo — simbolizado por el sol y la luna— fué superado en la idea de una divinidad suprema, varón o hembra como dice el himno. Pachacamac no sería pues tanto el hacedor del mundo, sino el que engendra el proceso cósmico. No olvidemos ni la tonalidad erótica del misticismo incásico ni que el concepto de Pacha involucra la noción del tiempo.

El buen Garcilaso lo identifica sin reparo alguno con el verdadero Dios, nuestro Señor, que los indios rastrearon por la lumbre natural. El siguiente pasaje trasmite sin duda una tradición auténtica:

"Tuvieron al Pachacamac en mayor veneración interior que el sol que, como he dicho, no osaban tomar su nombre en la boca, y al Sol le nombran a cada paso. Preguntando quién era el Pachacamac, decían que era el que daba la vida al universo y le sustentaba, pero que no lo conocían, porque no le habían visto y que por esto no le hacían templos ni le ofrecían sacrificios, mas que le adoraban en su corazón (esto es mentalmente) y le tenían por Dios no conocido".

Aunque los araucanos nunca fueron sometidos, su culto solar denota la influencia incásica. Los nombres del sol y de la luna son quichuas. En *Los Gauchescos*, Ricardo Rojas transcribe una oración en lengua mapuche en la que el sentimiento religioso aún se manifiesta en toda su ingenuidad, no contaminado por la duda y la reflexión. Me he permitido hacer una paráfrasis que, sin afectar el fondo, modifica quizás demasiado la versión tosca que agrega Rojas, obra de algún lenguaraz. Con estos afeites no creo haberla mejorado y aun me asaltan escrúpulos por haberla despojado de su sabor agreste. Deseo tan sólo llamar la atención sobre su belleza. El espíritu de los antiguos vedas anima también este himno sencillo y hermoso:

"Ante ti, oh padre, hoy nos arrodillamos. Pedímoste que nos perdones, que nuestros hijos vivan, que sean hombres. Lluvia te pedimos, que la siembra germine y el ganado abunde. Llueva has de decir, tú, varón excelso de cabellera de oro, y tú, mujer excelsa; a ambos númenes imploramos. Ayudadnos en toda empresa, amparadnos del mal. Alzamos nuestros ojos dos veces, nos arrodillamos. Que no enfermen los hijos. Has de decir, oh disco fulgurante. En medio del cielo estás. Todo lo creaste. Por ti estamos de pie".

He tratado tal vez con excesiva ligereza un tema atrayente que reclama detenimiento. Conviene, empero, recordar de vez en cuando el interés de estos antecedentes que son, al fin, un integrante atávico de la evolución nacional. Fué Vicente Fidel López quien entre nosotros con mayor empeño, quizá con exageración, apreció la influencia de la cultura incásica. En su historia de la literatura argentina Rojas ha vuelto a señalar la tradición americana, como una fuerza viva y creadora en el desarrollo del sentimiento argentino y de su expresión estética. Estudios de esta índole realizan una obra nacionalista y contribuyen a despertar en nuestro pueblo la conciencia de su personalidad propia.

Precio del ejemplar: $ 1 *dólar*. Entiéndase con el editor de *Rep. Amer*.

La cita

(En el *Rep. Amer.*)

—Mañana todo el día es de fiesta: haga su "appointment" —me dice un amigo.

—¿"Appointment? —contesto yo—. Lo tengo hecho ya. Tengo hecha mi "cita" con el sol, con las praderas luminosas, con los flamboyanes florecidos. Me iré temprano al campo. Pasaré el día con la Naturaleza, que es mi amiga, mi hada madrina. En ninguna parte estaré mejor que allí. En ninguna parte seré acogido con la ternura, la sinceridad, y la alegría con que allí seré recibido. Para mí serán los relumbres del cielo, las banderas desplegadas de las nubes, los saludos de los árboles, la apoteosis del sol. Me harán una fiesta. Caminaré erguido, satisfecho, gozoso, por las salas tapizadas de esmeralda, turquesa y oro. Hablaré a mis amigos, los árboles, las hierbas, las nubes, los pájaros, las mariposas. Mi discurso será una explosión de amor y de dicha. Después recitaré algunos poemas. Poemas líricos en que se canta a la Naturaleza eterna y victoriosa y el encuentro del alma con la Naturaleza. Diré en voz alta las palabras de ese divino sonámbulo, de ese hijo del cielo, que es el poeta. Estoy seguro de merecer la aprobación de mis amigos. Más aún: seré aclamado por ellos. Allí no habrá voces disidentes ni resentidas. Todos gozaremos con la comunión de nuestras almas unánimes, cándidas y alegres.

Fe fuí al campo y la fiesta quedó como yo esperaba. Decir "fiesta" es decir alegría y despreocupación. Y allá, en la Naturaleza, en los campos hermosos, está el reino de la despreocupación y la alegría. Allá no hay problemas. La clara luz del sol no permite problemas. Las brisas, los árboles, las nubes, las aves, dicen que allí no se sabe el sentido de esa palabra: problema. Y cuando les he explicado el sentido de esa palabra terrible han exclamado extrañados: "¿Por qué? ¿Por qué?" Y aquellos "por qués" de los árboles, de las nubes, de las brisas, sonaban irónicos, burlones, en el silencio encantado del campo.

Cuando añadí que el número de problemas que aquejan a la sociedad humana es inmenso y que algunos de esos problemas son amenazadores en grado sumo, creció el vocerío irónico de mis amigos: "¿Por qué? ¿Por qué?" y se reían; se reían del hombre, se reían de la sociedad humana, tan misérrima, tan desdichada.

Yo no sabía qué contestarles a mis amigos. Por fin dije: "Será la fatalidad humana. El destino humano es sufrir. En todo hombre hay lucha. Hay el conflicto entre el bien y el mal. Siendo inmenso el número de hombres, el tumulto crecerá en la misma proporción".

Entonces, una nube de nieve que se cernía en la inmensidad azul, dijo: "¿Y por qué los hombres no se liberan de esos problemas, la mayor parte de los cuales son innecesarios? ¿Por qué no vienen a este reino de la alegría y de la despreocupación? Vemos que casi nadie cruza las fronteras de este reino. Si alguno lo hace es considerado un excéntrico. Todos permanecen allí, en aquel hacinamiento de cuerpos y almas torturadas por eso que llaman "civilización" y que es una subversión del orden natural y del orden divino de la vida. Desde aquí domino la ciudad lejana. ¡Qué costumbres bárbaras! Ahora están celebrando una fiesta colosal. Todos se llevan la mano a la boca. Están comiendo y bebiendo, pero, ¡en qué medida! Pasan fuentes y azafates de comidas. Luego las copas se multiplican en las manos. ¿Se reduce a esto toda la fiesta? No conciben una fiesta sin comida y bebida. Se oyen gritos que quieren ser jubilosos, pero que son trágicos. Son los efectos del alcohol en hombres y mujeres. Ahora bailan o parece que bailan. ¿Habrá algo más contrario a la estética que este baile? ¡Qué figuras más atrabiliarias, qué actitudes más grotescas, las de estos bailes! ¡Qué lejos estamos de Johann Strauss, de Franz Lehar, de Waldteufel!"

"Siete horas dura ya la fiesta —siguió diciendo la nube—. Son muchos los que quedan exhaustos, aniquilados, sintiendo en los labios y en el alma el amargor de esta fiesta. Notamos que tenéis muy descuidada la Estética. Quiero decir la Estética aplicada a la vida. La Estética de las fiestas, del baile, de la música. Si aquella sociedad refinada y aristocrática del siglo pasado presenciara esta fiesta se quedaría horrorizada de lo mucho que puede descender una sociedad desde el punto de vista de las maneras, de la elegancia, de la distinción. ¿Y es esto lo que llamáis "progreso"? ¿Es este el resultado de tantas universidades, escuelas, colegios como hay en vuestros países? ¿Es este el resultado de tantas reformas, planes, adelantos, leyes, de que os mostráis tan orgullosos? Pues, ciertamente el resultado es contraproducente. Mejor estaban, desde todos los puntos de vista, aquellas sociedades de hace cien años, sencillas, austeras, económicas, sin los llamados adelantos industriales y sociales de que alardeáis, pero más tranquilas, más felices, más sabias, más finas, más cultas".

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

Libros colombianos y venezolanos

Ediciones antiguas y modernas

Colecciones completas de Boletines y Revistas agotadas

Lo que no tenemos lo solicitamos

Pedro R. Carmona

Apartado Nacional 12-37

Bogotá, Colombia

De la disciplina

(En *El Tiempo*. Bogotá, marzo 15 de 1948)

Tal vez la lentitud con que en comparación de otros países de América nuestro país ha mostrado para adaptar a sus necesidades los progresos materiales, sea el resultado de nuestra falta de disciplina. Esta deficiencia es una enfermedad del organismo social comparable en muchos de sus aspectos al cáncer en los organismos individuales. Es esta enfermedad constituída aparentemente por una indisciplina de ciertas células que se niegan a obrar como las demás y a llenar las funciones propicias a las necesidades del ser vivo. En ese estado de rebeldía, forman un organismo extraño dentro del cuerpo humano, una conjuración que lo amenaza de muerte.

La disciplina es condición de vida en las organizaciones de cualquier género que sean y su ausencia o su falta parcial comprometen la existencia de aquéllas. Puede imaginarse el espíritu reflexivo cuál sería la suerte de las sociedades europeas de hoy, si en la prueba a que las ha sometido el destino hubiese numerosas unidades en pugna con las disposiciones dictadas por las autoridades para hacer posible la alimentación, el alojamiento, el vestido, y la movilización de las gentes. La difusión de la indisciplina en Europa habría coincidido con el principio del fin de una civilización milenaria o les habría impuesto a las autoridades el uso de medidas severamente crueles para evitar la desorganización total. Las indiscreciones de la fotografía nos muestran aquellas "colas" de longitud desesperante formadas por gentes que se someten a la espera de horas para lograr el turno de los que van a comprar una ración de pan o carne. Muestran una desolación resignada. Y cuando acaso cierra el día y termina la espera sin haber sido satisfecha, no hay movimientos de rebelión ni hechos de insurgencia, porque a las imposiciones de la disciplina se unen las insinuaciones de la razón.

El individuo que entre nosotros rompe el orden de una espera a la puerta de los teatros o en las taquillas de los correos o de los bancos es, a pesar de su risueña apariencia, una célula cancerosa de la sociedad, y la policía, haciendo en este caso el papel de la higiene social, debería proceder inmediatamente a hacer imposible la acción perturbadora de esa célula. Los depósitos clandestinos de víveres y de otras necesidades vitales; los contratos artificiosos de arrendamiento perpetrados con la mira de defraudar al fisco son otras tantas manifestaciones de la invasión cancerosa del organismo social por elementos que importa tener a raya.

En un tiempo se creyó que el cáncer era incurable. Hoy parece establecido que el mal, atacado en sus primeras manifestaciones, es prácticamente dominable. Igual sucede con la indisciplina. Sorprendida en sus primeros ensayos fraudulentos no digamos que se la pueda extirpar por completo, ya que el espíritu es cosa mucho más complicada que la materia. No se extrae un vicio mental, o se elimina una viciosa práctica de la inteligencia, con la misma facilidad que un tumor de mala índole; pero a lo menos se previene la repetición por el mismo sujeto o la difusión del hecho antisocial por medio del ejemplo.

En otras épocas de la vida nacional ciertos hechos de indisciplina podían pasar inadvertidos y aun se veía el caso de que fueran objeto de diversión y aun de aplauso. Las relaciones sociales se han complicado ya extraordinariamente y la máquina social ha llegado a tal extremo de delicadeza que los más

leves quebrantamientos de la disciplina pueden traer consigo consecuencias de carácter funestamente imprevisible.

A un mismo tiempo las últimas catástrofes de la historia debidas a la indisciplina de locos o de espíritus antisociales, han creado un estado moral de angustia, de nerviosidad, de expectativa dolorosa, excesivamente peligroso por la facilidad con que en tales condiciones se propaga una incitación al desorden o a la violencia.

Es preciso atender agudamente a la conservación de la disciplina en lo pequeño y en lo grande, sin olvidar que esta preciosa disposición del espíritu puede cultivarse desde los albores de la razón y hacerse orgánica y dominante en el espíritu del hombre, prestándole atención desde la escuela hasta las más altas cátedras de la enseñanza.

Se inventan modos de difundir con rapidez las noticias, de producir en masa libros útiles y aumentar en propagación; hay sin duda nuevos métodos de convencer al hombre de que compre lo que no ha menester.

Esperemos que un día entre la policía, los maestros, el radio, la prensa y otros métodos de divulgación y enseñanza se llegue a encontrar la manera de convencer al individuo social, al animal político contemporáneo, de que la indisciplina puede traer la disolución total de una cultura que creíamos perdurable.

B. SANIN CANO.

Dr. E. García Carrillo
Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

EVOCACIÓN PATERNA

Por *Alfonso REYES*

Olor de pólvora

(*Véase el Nº anterior*. Envío del autor, en México, D. F.)

Todo país era entonces campo de pelea. El olor de pólvora embriaga ("¡Tufo de potro, aroma de sangre, olor de gloria!", dice el poeta). Quien lo ha sentido, difícilmente se recobra, y más si el embrujo opera sobre la materia plástica de la infancia. Mi padre tuvo la primera visión de la guerra al presenciar, desde una ventana, algún combate callejero. Fascinado se agarraba a la reja. Su madre, forcejeando con él para arrancarlo de allí, cayó herida de bala. Entonces quedó sellado un destino. Después vino el jugar con las granadas sin mecha que rodaban por el arroyo, y el apostar a pares o nones con los agujeros de la fusilería enemiga en los muros.

La ciudad tuvo que entregarse. Maximiliano publicó aquel funesto bando (3 de octubre de 1865) en que ponía fuera de la ley a Juárez y a los caudillos de la República. El niño se detuvo a leerlo en la calle y lo cubrió de escupitajos. Fué a dar a la cárcel. Huérfano ya de padre, lo sacó de allí la diplomática intervención de López Portillo el Viejo, quien alegó los pocos años del mozo y la consideración debida a la familia.

El fermento de libertad llena el aire, corre la ciudad, cunde por los hogares; se comunica, consigna secreta, de mirada a mirada. Las tropas libertadoras, en sus audaces tretas, intentan invadir y recuperar la ciudad a través de las casas mismas y abriendo a pico las paredes. Las mujeres, arrinconadas, ven pasar un tropel de bravos que se derraman sigilosamente por los cuartos y patios, y continúan su viaje de topos, dejando un rastro de muebles en desorden, macetas volcadas y hedor de fieras. Los niños temblando, dicen en voz baja: "¡Como pueda con el fusil, me voy con ellos!"

La familia tenía prestigio, y cierta predisposición atlética. Mi padre y el tío Agustín asustaban a las visitas echando un volantín en el aire al acercarse a saludarlas. Agustín, que en una riña cualquiera, rompió una cabeza de un puñetazo, tuvo que demostrar en la comisaría del barrio que no había usado arma ninguna, y abrió en dos la mesa en la gendarmería con sólo descargar la mano.

Todo ello hacía de los hermanos unos jefes de la muchachería. Las jugarretas poco a poco se volvieron hazañas. Las tropas de ocupación comprobaban el refrán chino: fácil es meterse por la boca del tigre, pero no volver a salir. Los muchachos se las arreglaban para, de mil modos, hacer la vida imposible a los intrusos. Desde las azoteas y las torres, aun llegaron a matar zuavos a ladrillazos. Lo mismo invadían las iglesias y desbarataban el órgano para hacerse pitos de alarma. Un soplo de aquella *Gerona* de Galdós pasaba por nuestra Guadalajara.

Pero la patria requería una ayuda de mayores alcances. Y entonces hubo que dejar el Liceo y las especialidades matemáticas en que ya se preparaba mi padre. Mal cumplidos los catorce, el pequeño Don Quijote, en compañía de un criado y de otro valiente de sus años —Pepe, el hermano del General Ramón Corona— escapó en pos de la aventura. Fué, como para su abuelo lejano, el de la Mancha (los Reyes son de extracción manchega), una primera salida en falso. Las tropas nacionales, batidas las más de las veces, no tenían residencia fija. Y los muchachos, a procura de las fuerzas del General Régules, se perdieron en mitad del bosque, por las sierras de Michoacán. Como el otro hidalgo con las bellotas, se alimentaron dos días de "tejocotes", la acerola de México. Atraídos por los tambores y clarines, salieron al camino real, y dieron de manos a boca nada menos que con un destacamento de imperiales. ¡Eran tan niños! El jefe, que se dirigía a Jalisco, los devolvió a los suyos.

Pero fué en vano vigilarlos para evitar otra escapatoria. El diablo se había metido en casa. Y vino la segunda salida, más gloriosa que la primera. Mi padre sólo había de volver con las presillas de alférez, ganadas por atacar en persona y precipitar de lo alto de un campanario a un puñado de contrincantes.

El 5 de abril de 1866, logró incorporarse en Moyahua (norte de Jalisco), a las tropas republicanas del General Leocadio Solís, que luchaban entre infinitas penalidades y, como suele decirse, "vivían del aire". Bandidos y patriotas tenían que fraternizar por fuerza, y había que andar muy sobreaviso. Por haberle dicho: "¡Qué mal tabaco!" a uno de aquellos caníbales que se permitió echarle desdeñosamente el humo a la cara, cuando mi padre se dirigía a la mesa de los oficiales, el monstruo lo siguió, sin decirle palabra y pistola en mano, hasta el comedor mismo; y hubo que aguantar un duelo a balazos en presencia de todos. Mi padre sobrevivió, ya se entiende. Me asegura que tuvo la misma impresión del día en que mató de un tiro a un enorme mono amansado que les servía la comida en casa de mi abuelo, porque el mono se enfureció de repente y enseñó los colmillos; y con las fieras, ya se sabe, pocas bromitas.

Conocí a gente vieja que lo recordaba de entonces: mozo rubio y no del todo formado, aun no "embarnecía", como dice el ranchero. Llevaba terciado el tahalí, y en el tahalí un espadón del tamaño de su persona, verdadero montante a usanza del siglo XVII. Había que esgrimirlo a dos manos, según lo hacía Rodrigo de Vivar con el viejo acero de Mudarra.

Criado entre el regalo de las clases acomodadas, tenía que infundir respeto a la canalla que siempre se mezcla en las guerras nacionales. Y por eso, a la más leve provocación, ya estaba el montante haciendo molinetes y creando, en torno a su dueño, un espacio mágico, inaccesible.

*

Y así fué que decidiera de una vida la lealtad romántica a la espada. Suprema aspiración romántica es la proeza: la nota extrema de la voz y el máximo rendimiento humano. El héroe romántico fácilmente es guerrero. Y el guerrero lo es mucho más cuando es jinete. Soldado romántico de caballería, se le presentará en la vejez la oportunidad de

AHORRAR
es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA
es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS
del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)
está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

sacrificarlo todo a su juramento militar, y no podrá resistir a la tentación de tanto sacrificio. Le daban una revolución ya hecha: no la quiso aquel varón sin astucia. La mejor manera de atraerlo era proponerle empeños difíciles. Toda ansia infinita se encamina a la total entrega como a un término necesario. Nada ha poseído el justo mientras no se ha desprendido de todo. Exploten otros las riquezas que acumuló para los demás su mano virtuosa, el laborioso civismo y las industrias que su gobierno hizo brotar como del suelo. Nunca, nunca lo entendieron, ni era posible entenderlo a lo pobre gente, mucho menos a la gentuza. La razón tiene que aprender a resignarse, en este valle de insensatez. Un buen día la veleidosa fortuna desvía el rostro. El vió que había pasado su hora. Despide a sus hombres —media docena de fieles, que ya es mucho— aguija y se entrega, solo, al retén de Linares. ¡Noche tormentosa del alma, entre campos de abrojos, bajo la mirada fría de las estrellas, cuando convocó a su conciencia en juicio más que salomónico! Para colmo, era Nochebuena, regocijo de los hogares mexicanos. Llegó al cuartel con la ropa desgarrada, que nadie lo hubiera reconocido. Cuando descubrió el embozo, "¡No, mi General, a mí no se me entregue!", le gritaba, arrodillado, el jefe, su antiguo picador y mozo de espuela. Pero él lo había decidido, y ofrece una vez más su vida, por desdén al hado funesto. ¿Qué otra cosa puede hacer con la vida quien sabe vivirla plenamente? ¡Tirarla por la borda, eso es! ¡Pelillos a la mar! —dice el romántico, y arroja a las olas su esperanza.

*

Correo militar

Entre las principales insurrecciones contra Juárez, dejando las de algunos ex-imperialistas sin relieve o la de Negrete en favor de González Ortega —que fué una serie de reveses y dejó el camino de Puebla sembrado de cadáveres— la primera que asumió proporciones amenazantes fué la iniciada el 15 de diciembre de 1869, en San Luis Potosí, como una sublevación local, y que adquirió importancia con las adhesiones de Zacatecas, la guarnición de Orizaba y parte de las tropas de Guadalajara y Querétaro. El movimiento era capitaneado por los generales Aguirre, Larrañaga, Pedro Martínez, García de la Cadena y el Coronel García Granados. En un par de meses quedó liquidada la insurrección por Escobedo y Rocha. En un par de años sobrevendría la mucho más grande conocida por "el Plan de la Noria".

En enero de 1870, el Cuartel General de la 4ª División, en Durango, que permanecía fiel al Gobierno y se encontraba incomunicado por el levantamiento de Zacatecas y San Luis, confió al Teniente Reyes, cuando éste frisaba en los veinte años, una de esas comisiones difíciles, peligrosas, llamadas honoríficas, y que sólo se dan al que voluntariamente las acepta por su cuenta y riesgo.

Tuvo entonces que atravesar, incógnito y entregado a sus propias fuerzas, las regiones dominadas por los insurrectos, para traer un mensaje a México. Hacía falta ahora mezclar a Aquiles con Ulises, a Rolando con Oliveros, al héroe con el discreto, la bravura con la sutileza. El mensaje de que mi padre era portador fué cosido entre las suelas de un zapato, y el zapatero debió quedar preso hasta el desempeño de la comisión que, según declara la Hoja de Servicios, "fué satisfactoria".

"SELECTA"
La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

Andaba ya en terreno enemigo cuando, al tomar una "diligencia", se percató de que, aunque vestido de paisano, llevaba el capote con los inconfundibles botones metálicos del uniforme militar, y los arrancó presurosamente uno por uno.

El paso por Zacatecas no era cómodo. Lo que dió importancia al levantamiento fué la contribución del Gobernador García de la Cadena, que contaba con abundantes recursos y contingentes numerosos. Mi padre se detuvo a comer en la primera fonda, tratando de disimularse lo más posible, porque estaba llena de insurrectos.

Pero lo quiso su suerte: la posadera, antigua amiga de soldados, "Madelón", medio vivandera y medio hostelera, no bien le echó los ojos encima, abrió los brazos y cruzó el comedor gritando:

—¡Teniente Reyes! ¡Cuánto bueno por aquí! ¡Dichosos los ojos! ¡El tiempo que hacía...! ¿Qué buenos vientos me lo traen? Y otras boberías por el estilo.

Alguien se incorporó de un salto al oír aquel nombre. Alguna silla cayó al suelo... Pero, en menos que se cuenta, el joven atleta, otro Artagnan, había saltado por el balcón interior al patio y, apoderándose del primer caballo a la vista, ya se había puesto a buen seguro. Sólo se oyó el galope que se alejaba por el empedrado de la calle.

Cuando entraba en la plaza de Zacatecas, García de la Cadena pronunciaba precisamente su sonoro discurso: "El pueblo zacateco no lleva escrito como Tácito en sus banderas que valen más las tempestades de la libertad que las calmas de la servidumbre". Las palabras se me han grabado, porque mi hermano, en sus mocedades oratorias, solía ensayar la voz con ellas y hacer gorgoritos y ejercicios demostenianos. No hay duda que ellas son de un estilo impecable, bien balanceadas y rítmicas, y que ese golpeteo de la *t* les presta un vigor singular. ¡Lástima que estos buenos retóricos, empujados por el orador que llevan dentro y que los arrastra a eso que se llama acción, se pierdan así para las letras! Y es que, como me decía en Madrid el llorado escritor venezolano Pedro Emilio Coll:

—Si usted levanta la voz, tiene que seguirla. ¡Hay un peligro en la voz, compañero!

*

Ser portador de un mensaje secreto, y de trascendencia para la suerte de la República ¡qué orgullo para el joven! Hay misiones, encargos, deberes, que sirven como de compañía en medio de la mayor soledad, de confortación entre los más enojosos contratiempos. No andamos solos: un dios nos acude, invisible. Atenea camina, junto al héroe, oponiendo a tiempo su escudo. El monólogo interior con que distraemos el tedio de las esperas o las largas jornadas está cargado de interés. Los sobresaltos, pruebas de resistencia, llenan de orgullo al que los padece. Se marcha sin pisar la tierra, casi por el aire como Iris, la mensajera olímpica. La atención se aguza, los sentidos están de guardia. Una alerta general del alma afina y purifica el ser, dotándolo de facultades nuevas, de adivinaciones increíbles. Allá va el muchacho predestinado, hablando para sí, henchido de gloria y de peligro, cambiando cabalgaduras, reventando cinchas, ya rompiendo por entre el tumulto de las ciudades sublevadas, ya a campo traviesa por veredas y riscos; más de una vez se da por muerto, y más de una vez por inmortal.

El traje hace al caballero
y lo caracteriza
Y la SASTRERIA
"LA COLOMBIANA"
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.
Especialidad en trajes de etiqueta
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes

QUÉ HORA ES . . . ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Sobre la formación del maestro

(En el *Rep. Amer.* Envío de la autora, en Santiago de Chile).

Abundan en la pedagogía moderna las expresiones: educación social, desarrollo de la íntegra personalidad del educando, trabajo socializado, etc., expresiones todas que subrayan la importancia de capacitar al joven para integrarse en un equipo, laborar en grupo y actuar sin complejos ni prepotencias en una colectividad disciplinada democráticamente. Es el imperativo del momento que vivimos y una reacción en contra tanto del individualismo egocéntrico del siglo XIX, como de los totalitarios del XX que en la última guerra precipitaron a la cultura europea a una catástrofe sin precedentes.

Educación social es un término ambiguo y complejo que conviene analizar para no caer en malentendidos que nos extravíen. ¿Cuál es la piedra angular de la vida en grupo, cuál es aquel factor sin cuya concurrencia perece? ¿Un desarrollo económico más o menos parejo, una cultura semejante, la aceptación voluntaria a un régimen legal, jurídico o cívico? Sin duda; mas, a la luz de la experiencia, nos parece previo, básico y más esencial que todo eso, la capacidad y la voluntad de someterse a ciertas normas éticas. Sin un apoyo moral, el derecho es burlado, las relaciones humanas quedan a merced de los rapaces; se desvirtúan y se desquician hasta malograrlos, los beneficios incluso de la democracia, las técnicas, el derecho y la cultura.

Ilustremos estos asertos con ejemplos de la vida diaria. Necesitamos un obrero, un gasfiter. Indagamos cuál puede servirnos. Fulano de Tal. Conoce a fondo su oficio y trabajará muy bien hasta el momento en que se emborrache, deje la tarea a medio hacer o sencillamente la abandone. Otro: un empleado público atiende una oficina de importancia, dadas su inteligencia y preparación. Es muy capaz de servirla con singular acierto; empero la atención y rectitud con que expide sus informes están en relación directa con la generosidad o las influencias del solicitante... Este médico se tituló con votaciones óptimas; es poseedor de una técnica que ha costado años de instrucción y miles de pesos en equipos y profesores. Desgraciadamente, acepta muchísimo más trabajo que el que puede atender, o mercantiliza su vocación o se niega a servir a quien no lo puede pagar... La ley — la del comisariato, por ejemplo— ha sido dictada con el más sano de los propósitos de servicio al pueblo. Pero ¿de qué valdría si aquellos en cuyas manos se confía su realización fuesen venales, traficantes y especuladores? En una esfera más amplia, la agonía, la tortura de millones de seres en los campos de concentración o bajo el macabro martilleo de las bombas, nos están convenciendo de que el investigador que posee la más adelantada de las técnicas, suele colocarse al servicio de una crueldad sorda a toda misericordia humana.

Estos seres recibieron una alta educación, participaron de los bienes máximos de la cultura, aprendieron el empleo de técnicas refinadas. Las malograron por desdén, ausencia u olvido de una doctrina moral que orientase sus actividades hacia el bien de todos. Podemos, pues, inferir que el fundamento último y esencial de una colectividad que desee perdurar y vivir en justicia, paz y bienestar, es el factor ético.

Por muchos siglos cada tipo de moral ha sido acompañado de una clase de religión: la necesidad social de aquella buscó un apoyo en el mandato de los dioses para adentrarla así más profundamente en el ánimo temeroso de las multitudes. La fecundidad de su obra, sin embargo, puede medirse menos por la importancia que conceden a la obediencia del rito como a la inculcación de los preceptos morales. Y cuando el hombre moderno se refiere a éstos ya no lo hace con referencia a un tipo de divinidad cualquiera, sino a su contenido humano, de servicio social. No hay moral sin religión, afirman algunos creyentes. La verdad es otra: que no hay sociedad sin moral. Si ésta falla, la sociedad se desintegra y perece.

Ahora bien, ¿es posible enriquecer el bagaje ético del educador en forma tal que le habilite para ser el guía de la generación joven, y si lo podemos, ¿qué técnica, qué metodología emplear para conseguirlo? Porque todo cuanto empeño y dinero se gaste en la preparación del maestro será vertido estérilmente si olvidamos su máxima tarea: la de servir a la superación espiritual. Por otra parte, el educador que todos conocemos, acaso no requiera una preparación de esta especie, porque ya la posee, o quién sabe si no admite que intentemos influir sobre él. El adulto se resiente, se ofende de una intromisión en ese reducto inexpugnable e irreductible que constituye nuestra íntima personalidad. Es decir que mientras el maestro cree en la posibilidad de educar a otros, él mismo suele pensar que nada ni nadie puede influir tanto sobre él que le haga variar. La única evolución que acepta es la que se verifica bajo su propia tuición o anhelo.

La verdadera educación, como la más valiosa sabiduría no estriban, sin embargo, en enseñar o en saber algo, sino en despertar la apetencia para esforzarse en aprender más y más, en seguir ininterrumpidamente un camino de superación.

Difícil y delicada tarea, la de educar al adulto. Volvamos los ojos, entonces, a las escuelas normales y a los institutos pedagógicos en donde se les reúne en la edad infinitamente fecunda de la juventud y en donde puede guiarles el consejo, el ejemplo o la persuasión. Mas, si en alguna disciplina, nuestra metodología es rudimentaria, es en la enseñanza de la moral. Sabemos que la prédica ayuna del ejemplo y que éste desprovisto de esa efusión cordial y esa simpatía humana que nos incita a imitarlos, no sólo son estériles sino aun contraproducentes. Ante tamañas dificultades, muchas escuelas se cruzan de brazos. Es como si de antemano se declarasen vencidas, como si de antemano sus maestros se resignaran a ser instructores, y no consejeros ni guías en la ciencia suprema del vivir y perdurar.

Educación social es lo que nos falta en nuestros planteles, afirman los más avanzados pedagogos. Mas, ¿cómo realizarla sin maestros que hayan sido preparados desde su juventud en esta ardua, delicada y compleja disciplina, sin personalidades depuradas y valientes, capaces de defender su posición y sus convicciones con las armas de la filosofía, de la cultura, del conocimiento del mundo en que actuamos y sobre todo del ejemplo de sus propias vidas?

Estas líneas son una invitación a meditar en la responsabilidad que cabe a las escuelas normales e institutos pedagógicos en el éxito o en el fracaso de la renovación que deseamos en nuestro sistema didáctico, porque en último término es la personalidad ética del profesor la que va a decidir.

Amanda LABARCA H.

El temor de Dios

(Envío de *Alfredo Cardona Peña*, en México, D. F.)

No fueron los fantasmas, ni los *bultos*, ni los ruidos misteriosos de la noche, ni los aparecidos, ni los muertos, ni los vivos, ni el diablo, sino Dios, lo que me aterró en mi niñez. El viento, dándose de golpes contra las puertas, quejándose por las rendijas, bregando por entrar por las troneras, dando vuelta a la casa, sí, solía espantarme; pero era un temor pasajero. El aullido de los perros que yo aprendí a identificar con el motivo que lo provocaba, también alguna vez me inquietó, pero justamente por saber su causa, pronto lo olvidaba, y volvía a quedarme dormido. Nunca pude ver lo que los perros veían; por eso aunque un hombre sepa la razón de sus aullidos, puede quedarse tranquilo, pues lo que más espanta es todo lo que entra por los ojos. Para que un hombre vea lo mismo que ven los perros, dicen los indios, requiere que se ponga en los ojos lagañas del animal, pero yo tuve siempre miedo de todo esto y nunca me atreví a ir más allá de mis fuerzas. Conocí gentes que lo habían hecho y algunos que traté me contaron cosas tremendas.

Los pájaros agoreros, porque podían anunciar la muerte de mis mayores, era algo que evitaba, cantando o silbando en las noches para no oírlos o para espantarlos y alejarlos. El alcabarán, el tecolote que anuncian la muerte del indio, y que cantan todo el año, pero al que sólo oímos y damos crédito cuando alguno agoniza en la familia. Así, un triste desenlace, prueba que cuando el tecolote y el alcabarán cantan, el indio muere. Pero no era nada de esto mi terror. Tampoco lo eran las visiones, siempre propicias cuando alguno está próximo a morir, sobre todo de esas enfermedades de por sí mortales. Una de esas enfermedades que lo matan a uno desde el momento en que se declaran, aunque se siga ca-

minando. Yo sé de hombres que muertos de manera repentina, vieron poco antes cosas extraordinarias: era que estaban habitados ya de la muerte, era que andaban ya en otro mundo, y apenas les quedó tiempo para contar sus visiones.

—¿Por qué permiten, dijo un día Checú Cueto, que Hono ande a estas horas en el monte?

Checú era un hombre incapaz de miedo, incapaz de una mentira. Y corrimos todos a comprobar que Hono dormía tranquilamente en su hamaca.

—Pero yo lo vi, dijo el hombre.

A los cuatro días Checú Cueto murió. Era que la muerte reinaba en él desde el día en que apareció enfermo.

Nada de esto que oí día con día me produjo sino un pasajero escalofrío, un momentáneo terror. Lo que me espantó cuando niño fué Dios. Al diablo hasta creí verlo, sentado al pie del monte, o huyendo entre el monte, apartando las ramas con las manos, o arriando ganado, imitando las tonadas vaqueras. A los duentes, que ahora sé que eran liebres, desfiguradas por las sombras y las supersticiones, los he perseguido a caballo junto al mar, entre yerbales, puestas casi en sus patas traseras, blancas para mayor aumentar su estatura, para mejor acercarse a la conseja de que son hombrecitos con pantalones blancos. Pero nada de eso me espantó. Antes de los doce años, pude atravesar tranquilamente atrios, cementerios y panteones. Lo que me espantó fué Dios. Pero no me espantó el Dios que yo oía que vivía en el cielo, que imaginaba gigantesco, de grandes barbas blancas y solemnes, topoderoso; no el Dios creador del cielo y de la tierra, ni siquiera el Dios implacable del diluvio, sino un Dios sólo mencionado, sólo leído su nombre en una imagen que mi madre tenía en el rancho: una Divina Providencia que reinaba en un altar. Imagen tan milagrosa que en todo tenía potestad: curaba toda índole de enfermedades, devolvía a los chiqueros los cerdos extraviados, a los corrales las reses robadas o desaparecidas. Era una estampa que tenía a Dios en el centro y al lado distintas escenas y leyendas verdaderamente escalofriantes. Las escenas representaban la muerte de un justo, la muerte de un pecador, entre otras barbaridades. Y a los lados, textos que advertían que Dios lo ve todo, lo sabe todo, lo oye todo. ¿Por qué, me he preguntado ahora que soy hombre, que soy incrédulo, que no tengo la más mínima preocupación religiosa, la Iglesia cultiva con tanto esmero la conciencia del pecado? Lo hace, me he dicho, para sobrevivir, porque sin eso, ¿podría señorear sobre las conciencias?

—Pobres son los diablos, porque no ven la cara de Dios, decía el viejo Vale, criado de mi casa. Pero era el caso que nosotros tampoco lo veíamos, aunque sí sus obras: sus grandes puestas de sol, sus noches de plenilunio, igualitas al día, salvo que la luna no calienta. Si Dios lo veía todo, lo sabía todo, si lo oía todo, ¿dónde podría uno ir que no lo persiguiera? A este Dios debo no haber padecido placeres solitarios, no haber mentido, obedecer y respetar a mi madre, que era su imagen por su rigor, por su sentido de la justicia, por implacable cuando había llegado la hora de castigar. Muy niño, tuve conocimiento de la mujer, lo que nunca, en ninguna circunstancia, creí un pecado en fuerza de ver engendrar a animales y gentes, que sin embargo, seguían creyentes, piadosos y protegidos de Dios. Tenía también parientes y prójimos que blasfemaban, que se volvían contra Dios a las primeras adversidades, en los mínimos momentos de dificultad. Tomás Dávalos, un soldado federal que por mi tierra se quedó al venir la Revolución, usaba una retahila de maldiciones y blasfemias que en fuerza de oírlo, sin que un rayo lo partiera, acabó por atenuar mis temores. Un día, oyéndolo renegar de su propia madre, le dije:

—Tomasito, tú, cuando te enojas, hasta de tu madre reniegas...

Teodoro Morales, mi tío carnal, a quien tratábamos con el diminutivo de *Dooyo*, tenía en su altar a un San Rafael. Siempre que salíamos a campear, esto es, a recorrer parajes, sesteaderos y reparos del ganado, o a lazar ganado arisco o cimarrón, faenas que entrañan peligro, se acercaba al altar y decía en voz alta, entre mentiras y veras: "San Rafael, protégeme, porque yo soy tu padre".

Y como nunca murió en las demandas, acabé por superar la presencia de la Divina Providencia de mi casa, más que mi sombra, fiel.

Pero ¿cómo y cuándo logré salir de aquella cárcel? No lo sé. Lo cierto es que un día, ya hombrecito, tras un rudo batallar, me supe actor de mi propia vida. Sin ser un pecador, sino por el contrario un temeroso de Dios, me costaba sudor y lágrimas todo lo que iba alcanzando. A altas horas de la noche, perdido en inmensas soledades, prieto el corazón de sufrimiento, veía de pronto formarse en el cielo una nube y crecer, crecer, comenzar a correr un viento oloroso a tierra mojada, oír un trueno gigante desgarrar las entrañas de la noche y desatarse la lluvia inmisericorde. Y ahí era padecer frío, esquivar con rezos y signos de la cruz las descargas eléctricas. O bien un asaltante o un revolucionario, solicitar la cabalgadura y dejarlo a uno —un niño apenas— a pie veinte leguas de su casa. Seguí vivo, es cierto; pero sin que alguien ayudara en ello. Y el temor de Dios se me fué yendo. En los peligros, que yo supuse los mayores, solía retornar su nombre, su imagen. Me encomendaba a él, pero ponía todo lo que estaba de mi parte para superarlos. En la muerte nunca pensé, sino hasta ahora poco. Morir no era, pues, un problema. Lo que era un problema era la vida, que la sabía en orden. Morir nunca me espantó; lo que me espantó, cuando fuí dejando de creer, era el castigo que me estaba reservado. Veía la escena de la muerte del pecador, de su llegada al infierno en medio de llamas. ¡Oh Dios, cómo me atormentaste!

Nuestra fe, nuestra vida ordenada, no bastó para que llegáramos a lo más grande de las miserias. Abandonamos el rancho. Y al irnos, dejamos en el altar a la imagen de la Divina Providencia

De vez en cuando, camino de un rancho más lejano donde trasladamos nuestros pocos intereses, me detenía en la antigua casa, llena de murciélagos, de lechuzas, de reptiles, de espanto, en suma. Una vela de estearina que siempre permanecía en el candelero ayudaba a guiarse dentro de ella, a localizar algún trasto o simplemente para echar una mirada a la humilde casa que cobijó mi infancia. Un silencio que parecía hacer ondas, que parecía hablar, llenaba la casa abandonada. Un noche, tras una larga y penosa jornada, me detuve en Rancho Nuevo, que así se llamaba. Prendí la candela. El pavoroso silencio se iluminó, se agazapó en los rincones. Desbojé unas mazorcas, las desgrané en un morral y salí al potrero próximo en busca de una bestia remuda. Mientras estuve fuera, tal vez el aleteo de un mirciélago o una racha de viento, o uno de los reptiles que he dicho, tumbó la vela sobre la imagen de la Divina Providencia, de suerte que al volver la encontré a medio quemar. No sé de dónde diablos me vino un deseo de reír y reí con una risa vengativa: reí de ver la imagen que tanto me espantaba, convertida en una tabla ahumada.

Montado en mi caballo continué el camino y nunca vi a Dios más grande, más lleno de estrellas, más dulce de rumores, más cerca de mí que aquella noche.

Cantaban los pájaros nocturnos un canto que nada tenía de queja, sino de alabanza, temblaban las estrellas en el cielo y la luna, una mínima isla solitaria, flotaba entre nubes de plata. El mar, entonaba un canto placentero. Y yo caminaba, sin otra meta que el amanecer, para poder mirar la salida del sol que supuse más claro que nunca, más lleno de bendiciones.

Andrés HENESTROSA.

*

Mi querido don Joaquín:

Entre los escritores mexicanos de la hora presente, Andrés Henestrosa tiene el secreto de la tierra y el valor humano indispensable para hacer de él una especie de milagro. Su libro *Los hombres que dispersó la danza* es uno de los tesoros de la literatura indígena. El relato que ahora le envío —posterior a esa obra— le dirá a usted y a los lectores de *Repertorio* qué tremenda sinceridad hay en este joven centauro que escribe desde la ciudad como si estuviera en una montaña, y tan fuerte para decir lo suyo que los oídos hipocritones huyen despavoridos, incapaces de aguantar la descarga que les lanza un guerrillero de la palabra.

A. C. P.

ANTONIO URBANO M.
"EL GREMIO"
Teléfono 2157
Apartado 470
Almacén de Abarrotes al Por Mayor
San José, Costa Rica

MARCO TULIO ZELEDON
Abogado
Atiende la representación de casas extranjeras, la inscripción de marcas de fábrica, y toda clase de asuntos de su profesión.
Dirección Postal: Apartado 1403
San José - Costa Rica

El Amor y la Muerte

Por Cornelio *HISPANO*

(Envío del autor, en Bogotá. Es el capítulo IV de *Sensaciones de un ateniense*, en 8 capítulos cortos).

Entre las jóvenes bellas que conocí en Caracas, descollaba, como un lirio más alto entre las rosas, Isabel Alamo Ibarra, delicado vástago de los fundadores y libertadores de la nación venezolana. Por derecho de nacimiento y de belleza, era la niña mimada de la sociedad caraqueña, y en las fiestas centenarias de ese país pidió, de la manera más gentil, representar a Colombia en un cuadro alegórico. Así nuestra Patria fué simbolizada ese memorable día por la más bella e ilustre joven, nieta del Coronel Diego Ibarra, edecán del Libertador. En Caracas, durante el tiempo de mi Consulado, cultivé con esmero su amistad, y en 1924, ya esposa de un eminente diplomático venezolano, antiguo amigo, volví a verla varias veces en París y pude admirar, una vez más, su belleza y su juventud. Por insinuación mía, y en honor a Isabel Alamo, el Dr. Francisco José Urrutia invitó a otras damas del gran mundo y nos reunió una tarde en un elegante salón parisiense.

Con ocasión del centenario de la independencia de Venezuela, e invitado por ese gobierno a asistir, como Cónsul General de Colombia en Caracas, a la peregrinación de San Pedro Alejandrino de la Escuela náutica, pronuncié, en nombre de Colombia, una oración bajo los históricos tamarindos. Al bajar de la tribuna se dirigió a mí, saliendo del círculo formado por las autoridades civiles y eclesiásticas, una bella y esbelta señorita, me tendió la mano y con la más gentil sonrisa me felicitó por "el conmovido elogio que usted ha hecho de Bolívar". Era Paulina Salcedo Campo, nieta del general Campo Serrano, antiguo Presidente de la República.

En compañía de esta preciosa joven recorrí en seguida la quinta de San Pedro, sus patios con grandes tinajas y sus jardines; subimos a la terraza y allí, y en los bailes del Club y del Crucero Salón apuramos muchas copas. Tres días de felicidad perfecta en que me embriagué de gloria, de belleza, de gracia, de patriotismo y del más fino y delicioso jugo de las viñas de Francia. A mi oído repetía una voz de ángel: "Aquí, en las noches estrelladas, cuando soplan fragantes brisas marinas, bajo estos históricos tamarindos, discurre la sombra pensativa del Libertador. Consagramos este recinto a la veneración de las generaciones".

A ella dediqué, poco después, unas páginas en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, insertas en "Los Cantores de Bolívar". Paulina me escribió entonces una linda carta y años después murió en Nueva York joven, como mueren los amados de los dioses: "Santa Marta, junio 22, 1911... Le agradezco mucho los obsequios de las fotografías y ejemplares de *El Cojo Ilustrado*, que tuvo la amabilidad de enviarme, y que conservaré con cariño porque contribuirán a perpetuar los homenajes de gratitud y veneración rendidos al Padre de la Patria en San Pedro Alejandrino. Reconocemos en justicia que el buen éxito de esa manifestación patriótica se debió al benévolo carácter del personal de la misión venezolana, entre la cual figuraba usted presidiéndola o, por lo menos, guiándola con su celo por la honra de Colombia y su admiración por Bolívar... Hago votos por la felicidad personal de usted y porque se acreciente su fama de ilustre literato"...

El malogrado don Hernando Holguín y Caro, eximio escritor y orador, a quien apenas conocía de saludo, me escribió a Caracas

el 24 de junio de 1911: "Su discurso en San Pedro Alejandrino tiene elocuencia sobria y conmovedora y tal elegancia que hace honor a nuestra literatura. Pero dígame usted esto: ¿Cómo ni en aquel sitio ni en esa ocasión habló usted del Dios misericordioso que recibió en su seno aquella grande alma? El lo ilumine a usted para que las dotes excelsas que le ha concedido resplandezcan algún día, con irradiaciones de lo infinito. Perdóneme estas sinceridades y cuénteme usted en el número de sus amigos y sinceros admiradores".

Dos años después, en febrero de 1913, Joaquín García Monge, nombre que pronuncian con admiración, respeto y cariño los más ilustres escritores hispano parlantes, publicó en San José de Costa Rica un bello tomito de su *Colección Ariel* con este título: "Bolívar por José Enrique Rodó, seguido de "En San Pedro Alejandrino por Cornelio Hispano". Mi oración apareada con la obra cumbre del preclaro ensayista y estilista de la lengua castellana! Paulina Salcedo Campo, además de bella, graciosa, esbelta y elegante era refinada en cosas de arte, tenía muy buen gusto. Que los dioses la mimen en sus Elíseos Campos.

En Caracas mi juventud, ávida de quemarse en los rayos de la gloria de Bolívar, cortejó también a los divinos gemelos: el Amor y la Muerte, cuando en el Carnaval de 1912 una enmascarada, con quien había corrido las alegres comparsas, y cuya simpatía se revelaba en su linda voz, me llevó, a media noche, a su casa, situada en la calle del palacio de Miraflores. Era una bellísima muchacha muy joven y de distinguida familia. Serían las tres de la mañana cuando sonaron fuertes golpes en el portón.

A... saltó bruscamente y me dijo: "Escóndete en el armario..."

—Eso jamás, le contesté. Un Cónsul de Colombia no muere escondido en un armario...

Pero, como no se repitieran los golpes, ni el menor ruido se oyera en la calle, me despedí, no sin sentir temblar la mano al abrir el portón. Calle desierta y en completo silencio, y lo mismo las que recorrí hasta llegar al Hotel, por lo cual, cavilando, llegué a la convicción de que los golpes en la puerta fueron la más extraordinaria ilusión de los sentidos en dos personas de las cuales una dormía tranquila sin sospechar el peligro. Al regresar Londoño de Caracas, después de siete años de vida diplomática, le conté el caso dándole los nombres propios, y Víctor, siempre sereno, en esta vez visiblemente impresionado, habló así: "Si hubiera sido él, lo habría matado a usted sin oírlo, en el acto".

De Caracas a Europa en el vapor *Perou*, de la Trasatlántica francesa, en compañía de unas lindas y alegres limeñas que todas las noches cantaban en francés *Quand l'Amour meurt* y luego se entregaban al delirio del baile, ¡qué viaje encantador!

Lorque tout est fini,
quand se meurt votre beau rêve,
pourquoi pleurer les jours en fuite,
regretter les songes partis...?

Cuando todo se acaba — Cuando las alegrías — Para siempre nos dejan — A qué llorar los días — Los sueños que se alejan? — Los besos se marchitan — El idilio concluye — Y aún gime el alma esclava — Cuando todo nos huye — Cuando todo se acaba...!

Por el estudio previo de guías y planos, llegué a París como a una ciudad conocida y, sin embargo, me deslumbró desde el primer momento *La merveille du monde apres celui d'Athenes*. Nadie ha sido más feliz que yo en aquellos primaverales meses parisienses en que poseía todo para serlo; juventud, salud perfecta, un anhelo infinito de gozar de la vida, ocho mil francos en el "Crédit Lyonnais" y dos libros inéditos que fueron publicados en seguida. Ningún escritor español ni hispanoamericano había logrado tan excepcional acogida de una renombrada casa editora parisiense como la Librería Ollendorff de la antigua Chaussée d'Antin. Esos libros eran el *Diario de Bucaramanga* y las *Elegías Caucanas*.

—¿Cómo vamos a celebrar este día tan feliz para mí? (aquel en que miré por primera vez las *Elegías Caucanas* en las vitrinas de una gran librería de la Avenida de la Opera), dije a Lucerin France, esbelta, linda y graciosa joven francesa, empleada de mi editor el señor Gibbes, y que fué mi compañera ideal desde mi llegada a París.

—Con una cena, contestó, en el restaurante de verano que acaban de abrir en los Campos Elíseos. Y en un jardín al aire libre, bajo un cielo estrellado, compartí mi tesoro de júbilo con una amiga complaciente. La dicha es un néctar tan raro, exquisito y concentrado que no puede saborearse a solas; hay que compartirlo para extraerle su recóndita virtud. "El placer del éxito, dice Píndaro, es el supremo entre todos. Los dolores se mudan en deleites cuando la hija de las Musas, la sabia Armonía, viene a adularnos con su mano acariciadora, ya que la orgullosa Fama

(Concluye en la pág. 138)

Canto a Iberoamérica

POEMA EN UN PRELUDIO, CUATRO MOVIMIENTOS Y UN FINAL

Por *Eduardo JENKINS*

(En el *Rep. Amer*. Envío del autor, en Gainesville, Fla. U. S. A.)

PRELUDIO

Para decir un canto, sólo una voz enhiesta.
Sólo una voz violenta y pura de cascada.
Un grito que se encienda con el roce
y rebote de siglo a siglo vivo;
que a filas llame al aire, a la luz cotidiana,
al pájaro del viento y al pájaro en el viento,
al limo y la semilla nueva de la esperanza,
al cauce y al torrente,
al mugido y la hierba,
al labriego y la aurora,
a la silueta errante y el nido del espejo,
al fino campanario
y el musgo de plegarias que lo asciende,
a la desprevenida ola y el tornado,
al sueño y la amargura,
al hombre, al claro hombre.
Sólo una voz que ordene
el corazón del hombre:
el mar, la tierra, el cielo,
la palabra en su sitio.
Yo siento en mi garganta la cascada
de un río de corolas que se yergue;
de una guitarra donde el viento suena,
con cuerdas de palmera y sal sonora,
con caja de caoba y esmeralda,
dúctil al tacto como un muslo virgen.
Yo tengo solamente la corola
de una guitarra donde el viento suena,
donde cabe esta voz súbita y pura
que viene desde el polvo y el olvido,
desde las grutas donde el eco vive,
por las grietas del tiempo y la distancia.

MOVIMIENTOS

1.

Un día que la estrella apenas si recuerda,
que entre los calendarios el tiempo despedaza,
el indio recorrió tus formas iniciales,
e inauguró tu sangre sobre el campo,
con águilas y ciervos,
con plumas en la frente clavadas sobre el llanto,
en las saetas que a la nube hieren
y el grano de maíz
con su ancla en la tierra y la caricia;
en la primera luz que se detiene
ante el abierto pecho de una virgen,
abierto hacia tu voz como una puerta,
hacia el hondo torrente inexplorado.
Y es que el indio ignoraba,
agreste todavía, todavía en la infancia,
que habitas solamente
en una entraña viva y temblorosa,
o que huye tu voz cuando la muerte
su silencioso resplandor derrama.
Ah, en los primeros años,
el anhelo no crece
más alto que el instinto,
y busca este indecible fruto del hallazgo
como la bestia pura sobre el pasto,
el ijar floreciente y las aguas salvajes,
viviendo antes del cauce,
de ciudades y rumbos,
en la edad de los bosques y las fieras,
antes de que los parques florecieran.

2.

Yo no sé exactamente qué distancia
existe entre el hallazgo y la conquista.
Yo sólo sé que nacen casi juntos
y se parecen tanto
que a veces los confunde una mirada,
como a las gotas de agua y de rocío,
pero tienen un cauce diferente,
una rosa en el viento diferente.
Cuatro siglos y medio desde entonces,
desde que tus arenas, tus algas, tus espumas,
tus delgadas palmeras divisaran
tres velas en tu brisa, tres quillas en tu mar,
y el audaz peregrino
ordenara a los genios, señor de los prodigios,
encender nuevos astros en tu pecho.
Quizás no florecíamos,
nosotros los de hoy,
ni en el delgado tallo del presagio,
aún desintegrados y esparcidos:
lirio en el valle, nieve en la montaña,
agalla en ágil pez, violeta y polvo,
lágrima absorta o mineral dormido.
Pero nos duele ahora
en el sitio más hondo y caudaloso,
en esta isla gris de la amargura,
que nuestro abuelo blanco, pastor de las victorias,
ilustre en las batallas y el dominio,
no izara su pupila, iris de la dulzura,
sobre el muro del tiempo y de las sombras,
y en su casa admitiera, en la red de sus sueños,
a nuestro abuelo indio, el de la piel de cobre,
para golpearlo, sí, con la palabra sabia,
mas nunca con el látigo o el aro,
como lo hiciera siempre,
por ejemplo,
un Fray Bartolomé, clarividente,
el de la casa abierta y luminosa.

3.

Un día amanecieron,
tus hijos —los de antaño—
cuya sangre hoy canta en nuestras venas,
con una adolescencia súbita en el alma,
y escucharon tu voz, como las marejadas,
golpeando la playa de sus pechos.
Y para inaugurar el libre gesto,
el torso erguido y ancho
que rodear no puede ni la suave cadena,
menos aún el hierro o la miseria,
fué necesario enarbolar la espada,
y la insignia del grito donairoso,
los cascos del caballo, la sed y la vigilia;
y dominar las nieves, los soles, los barrancos,
el llanto que en los ojos
la amargura descarga.
Porque un adolescente es alguien ubicado
donde nacen las rutas,
donde apenas se diga:
"Partir es necesario";
porque la espera entonces
es sólo resignarse
a que la ancianidad calcine los ensueños;

porque es imposible
navegar con un ancla o un grillete en las manos
si no se tiene casa y tierra propias,
si no puede volar el pensamiento
tan lejos como el viento o el paisaje,
aun más allá del grito y la esperanza.
Larga es la ruta, ásperos los soles,
hacia ese puerto de la vida clara,
donde tiendes tus húmeras raíces,
donde tu corazón suntuoso tiembla.
Pero nuestra cintura
está hecha de besos y canciones,
en la fragua auroral de lo indomtable.
Habitante del grito y de la aurora es el ángel.
Y el ángel es un hombre en el recuerdo.
No en el perfil hiriente de la piedra,
sino en su esbelta y firme permanencia;
no en las estrellas simples, sino en las melodiosas
que bajan hasta el fango para volverlo puro;
no el lo fugaz del humo, se levanta,
pero sí en los rebeldes rumbos que señala;
no en el perfume de las rosas solas
sino en aquélla abierta junto al alma.
He aquí el itinerario del ángel que yo evoco,
del que debemos visitar ahora.
Es tan dulce saber
que muchos de tus hijos vivieron sabiamente
y hoy habitan el nido del recuerdo,
centinelas y guías de este sueño,
ángeles, ángeles, ángeles.
Aquí saltan sus nombres en mi boca:
"dueños del OLIVAR, del florido SARMIENTO,
del más hondo MARTIrio, del VALLE rumoroso,
del BELLO trajinar y del aJUAR ESbelto"...
No sé si la palabra etcétera es hermosa,
pero yo aquí la planto
y nombro a los demás que inundan mi memoria
con esta sola voz:
"etcétera, etcétera".
Dije antes
que un ángel es un hombre en el recuerdo.
Ahora es necesario
definir su silueta de persona en la tierra.
Y a eso voy, a eso si es que puedo.
Lo diré con palabras sumamente sencillas.
He aquí, por ejemplo,
al que hace confluir los arroyos de angustia,
pequeños por sí solos, del hombre flagelado,
y los convierte en ríos, en aludes terribles
que avasallan los fuertes, la casa del tirano
que tanta sangre debe,
y destruyen covachas, balas y calabozos
donde se pudren dulces levaduras de sueños;
he aquí al que aprende en libros venerables
cómo se ara y siembran sobre la tierra nueva
luces y melodías,
limpiamente rebeldes en la noche,
apacibles y abiertas en la aurora,
como en el campo hacen los labriegos
con el arroz, el pasto y el cafeto;
he aquí al que vuelve hombre al miserable,
hombre en su casa limpia y luminosa,
que se sienta a la mesa con los hijos
y siempre halla el pan, la leche, las legumbres,
el pescado, las frutas, los claveles,
que mira el sol, la lluvia, el ágil viento
fuera de su morada,
bailando por los campos,
resbalando en los ríos y colinas,
sembradores veloces,
tejedores de espigas,
para que el año entrante y el que siga
pueda sentirse hombre nuevamente,
con un sitio en el mundo para tender su vida...
Con estos ángeles al lado,
—hoy que sus manos alas se volvieron
y su voz remolino en el recuerdo—,
¿cómo no florecer
y hallarte finalmente,
cómo no apresurarnos
a izar tu corazón que ardiendo espera,
libre en el cielo de la melodía ???

FINAL

Pero no es éste sitio ni tiempo de nostalgia.
No es hora de creer
que los sueños maduran por sí solos,
ni de oír soñolientos cómo suena
el corazón al golpe de la angustia,
cuando la sombra invade los recintos.
Nadie puede morir mirando fatigarse
los péndulos del ansia.
Pero no es éste sitio ni tiempo de nostalgia.
Es necesario abandonar el llanto,
hacerlo titilar entre los árboles,
y pegarlo a la brisa, al labio del lucero,
hincarlo en los caminos como una catarata,
un súbito adalid de la esperanza.
Es necesario levantar el torso,
calcinarse las manos en la lucha.
Y cuando este desvelo,
así condecorado
por el ardor más denso y permanente,
doble el alto recodo
de tus cosas queridas, de tu aliento,
tu soledad inunde de canciones y peces,
y rescate tu voz al borde lo amargo,
si sobre el alma entonces
un sollozo se vierte,
—porque la honda alegría
puede escribirla sólo una lágrima extensa—,
ah, en su pura corriente la angustia se diluya,
la estrella se refleje definitivamente,
y el beso se enarbole sobre el asta
azul del horizonte.

(Con el nombre supuesto de *Centinela*, presentó Jenkins este poema a los Juegos Florales de México, en 1947).

(Viene de la pág. 136)

extiende su poder más allá del término que limita la vida".

Era el París de Anatole France y de Juan Jaurés, de Sarah Bernardt, Mounet-Sully, Cecilia Sorel, Gabby Deslys, de Ida Rubinstein, Sofía Fedorova y, sobre todos, del genial danzarín Vaslav Nijinsky, el espectro de la rosa, el fauno del *Après midi d'un faune*, cuyos pies eran alas que vencían esa fuerza misteriosa que atrae al hombre fatalmente, y cuyo secreto no ha penetrado la ciencia. El París de Cléo Mérode, la del cuello de cisne, la armoniosa intérprete de las danzas griegas. Su cuerpo tenía la euritmia y el relieve de las figuras de los vasos helénicos, era la escultura en movimiento cadencioso, la gracia de las actitudes al impulso musical.

París, sólo quienes en la juventud y en la paz de que disfrutaba Europa antes de la primera guerra mundial vivimos plenamente en esa ciudad, la más bella y amorosa que ha existido, respirábamos su maravilloso ambiente de luz y de alegría; los que a través del tiempo y la distancia la recordamos hoy, sabemos el encanto que guarda esta palabra: París, que nos deslumbró al tenerlo delante y mezclarnos en su prodigioso torbellino de belleza y suprema elegancia, de gentileza, exuberancia de amor, de placer, de refinamiento y seducción invencible, y también de zozobra, terror y misterio, porque ese París era el lugar del mundo donde más obsesionaba y atraía la pérfida imagen de los hermanos gemelos: el Amor y la Muerte.

Hay breves días, rápidas horas en nuestras vidas que tienen el hechizo de leyendas doradas, irradiaciones de piedras preciosas, fragancias y colores de campos floridos, embriagueces y júbilos infinitos en que la dicha corona todos los días y todas las horas, nos sentimos envueltos en un velo azul, el velo de los sueños y suspiros que hacen ver la vida de color de rosa. Ninguna lengua tiene palabras para expresar fielmente lo que son esos días y horas de amor, de alborozo, de belleza, de exquisiteces del pensar y del sentir. Sólo penetrando en nosotros mismos podríamos extraer como el buzo las perlas del mar, esos

miríficos tesoros de sensibilidad del fondo del corazón. Los felices son los que, sin buscar la felicidad, sin saber lo que es ser feliz, hallan agradable la vida en sí, la vida porque se vive, por la vida misma. La compañía de una joven bella en un ambiente de rosas y de cielo azul, como el versallesco, glorificado por siglos de historia heroica y de leyendas galantes, me hicieron saborear ese elíxir, acendrado en las ánforas de Epicuro, que los antiguos llamaron "Alegría de vivir".

De paso

(Consideraciones)

Cuanto se refiere a Nietzche interesa. Cojamos esta página, sacada de *La Filosofía en el siglo* XIX, por Augusto Messer. "Revista de Occidente", Madrid, 1926.

Las obras de Nietzche se abrieron camino cuando su autor hubo sucumbido a la locura; hacia el año 90 convirtióse rápidamente en el filósofo de moda. Su influencia en los espíritus inmaturos no ha sido siempre favorable. Nietzche mismo observa una vez en una carta (1888): "No escribo en absoluto para la edad inmatura y en fermentación". Pero sus escritos no merecen un éxito meramente momentáneo. Su valor no consiste sólo en su magistral estilo. En sus libros habla una personalidad aguda, profunda, delicada y egregia, que puede servirnos de guía en la aspiración a la libertad e independencia íntimas, a la fortaleza espiritual en la contienda de la vida y a una humanidad más noble. Por lo demás, tal aspiración no es inconciliable con la defensa de una constitución más democrática del Estado y las reformas económicas y sociales. Estas reformas precisamente han de remover una situación en la que la jerarquía de los hombres es determinada por los accidentes externos del nacimiento y la fortuna. Y justamente, ante una personalidad tan sugestiva como Nietzche, habremos de recordar las palabras de Zaratustra: "Mal se honra a un maestro cuando no se pasa de ser su discípulo".

*

A propósito de Nietzche, estas notas cogidas del libro *Nietzche*, por Henri Lefevre. Fondo de Cultura Económica, México, 1940:

Nietzche se había establecido en una ciudad periférica con relación a Alemania, en una ciudad más libre y ya europea: Basilea.

Seguía siendo, sin embargo, muy alemán; y lo fué siempre, incluso cuando combatía en sí el germanismo o el prusianismo. ¿No es él quien ha escrito: "Ser buen alemán significa desgermanizarse"? Admirable fórmula perfectamente expresiva de la misión europea que hubiera podido tener una Alemania democrática y que ha eludido la Alemania imperialista y nacionalista, replegándose sobre el germanismo...

En este año de 1888, tan fecundo, la catástrofe trágica está cerca de Nietzche. Su meditación se ha metido en un callejón sin salida. En el punto a que ha llegado, su filosofía exigirá una acción eficaz. Algunos amigos, algunos discípulos que le comprenden mal, no dan a su obra la resonancia que él desearía. Concibe una "gran política" de la cultura y del espíritu. El primer acto de esta política debía estar dirigido contra Alemania, la gran criminal que ha quebrantado el mundo antiguo con las invasiones de los germanos —el Renacimiento con Lutero, a Napoleón con los ejércitos prusianos— y que se dispone a un nuevo atentado contra la civilización. Para realizar el espíritu alemán, es necesario primero reducir el espíritu alemán, es necesario primero reducir a la impotencia a la Alemania de Bismarck.

En la *Montaña mágica* de Tomás Mann, una curiosa teoría, muy nietzcheana, de la vida.

Véase el libro muy nietzcheano de Tomás Mann: *Muerte en Venecia*, donde el autor ha intentado unir el mito y el relato, la expresión de lo dionisíaco y la fábula novelesca.

Zaratustra es en cierto sentido una de las grandes obras del ciclo napoleónico que se abre con el *Rojo y el Negro*, de Stendhal, con el *Tambor Legrand*, de Heine, e incluso con ciertas fórmulas de Goethe y de Hegel. La meditación nietzcheana está recorrida por una gran corriente napoleónica: el superhombre sería inconcebible sin el "tema" Napoleón.

No hay que levantarle mezquinas querellas a Nietzche por ciertos puntos de doctrina: por ejemplo, cuando analiza y opone la moral de los señores y la de los esclavos.

No es sino demasiado verdadero que los esclavos, en tanto son esclavos sin esperanza, están humillados; adulan y copian servilmente a sus señores. Adoptan sus valores. Y sus primeras rebeliones son torpes, desesperadas y destructoras.

Es verdad que ciertos hombres son jefes. Es verdad que no hay varias maneras de vencer y que hay un estilo de la victoria. Es verdad que los rebeldes, para vencer, están obligados a adquirir ciertas virtudes de sus señores: el sentido de las responsabilidades, la previsión, el dominio sobre sí mismo, etc.

El inmoralismo nietzcheano, justificando en contra de la vieja moral los "malos instintos", justifica las rebeliones y las reivindicaciones de los oprimidos. Justifica sobre todo la reivindicación total: la exigencia de la vida.

Cabe solamente reprochar a Nietzche el no haber llevado hasta el fin con todo rigor una idea que presenta a veces: la idea de la inversión dialéctica de la situación. El capítulo de la *Fenomenología* de Hegel, "El señor y el esclavo", fué uno de los orígenes del marxismo. Hegel muestra en él cómo los señores son las víctimas de la situación que crean; y están destinados a declinar y a sucumbir.

*

Libertad Creadora, revista trimestral, publicada por los amigos de Alejandro Korn.

"Hace más de veinte años, cuando yo era estudiante en Bogotá y América toda se agitaba bajo las banderas de la reforma universitaria, solía recibir revistas y cartas de ciertos amigos de La Plata. La calidad de estos mensajes se sabía desde antes de leerlos. Yo sabía que los enviaban muchachos soñadores, nautas insomnes, cuyo barco abría la vela al viento de la noche y al amor de las estrellas. Que esto era así, y no de otro modo, lo decía un pequeño grabado que invariablemente adornaba lo mismo el papel de las cartas que la cubierta de las revistas. En este grabado veía yo, además, algo de una ambición eterna, es decir: que siendo tradicional, se proyecta infinitamente hacia el futuro. Ahora —veinte años después— he venido a conocer el rostro de mis compañeros de entonces. He llegado a La Plata y les he estrechado la mano en una casa que tiene dibujada en la puerta la misma empresa. El mismo barco con la vela henchida por el viento cálido; las mismas estrellas; la misma móvil pista del mar; la misma columna de mármol. Apenas si han agregado un nombre. El de un filósofo que entonces les aleccionaba abriéndoles con mano paternal los caminos de la sabiduría, y que ahora reposa en el mundo de las sombras".—*Germán Arciniegas.*

*

"No nos queda otra alternativa que elegir nuestro puesto en la contienda. De las teorías podemos prescindir, la acción se impone siempre. Al principio fué la acción. No al principio de las cosas, sino al principio de la redención humana. Por la acción la especie ha forjado su cultura, técnica, humana y espiritual; por la cultura persigue su emancipación de toda servidumbre. La cultura es la obra de la voluntad; la voluntad quiere la libertad. Que sea libertad creadora".—Alejandro Korn.

*

Temas para la clase de Humanides, curso de 1948-49. El curso lo hace en Quito el Profesor español don *Antonio Jaen Morente*, amigo y colaborador.

1. Ante un cuadro de Santiago. La lección de los tres Cristos, como eje de la pintura clásica del Ecuador.
2. "¿Qué es lo andaluz?" La respuesta pictórica de Julio Romero de Torres (20 ilustraciones) y 4 musicales.
3. Los Rufianes de Cervantes en el teatro. El Rufián Dichoso en la dramaturgia religioso-teológica de España. Antes que Tirso y Calderón.
4. El partido intelectual de la oposición en los días del imperio español. La Heterodoxia política que no vió Menéndez Pelayo entre Vitoria y Quevedo.
5. El gobierno de Sancho. Temas político-literarios.
6. Los caudillos militares en España desde Espartero a hoy como lección de historia. Curso breve.
7. Ensayo de un entender la evolución de la pintura colonial del Ecuador. Las dos escuelas. Los grandes de la escuela clásica. Los menores y los ignotos. La pintura estilo oro en su significación quiteña. El fluir en el Ecuador de la pintura europea. (Varias, 4 conferencias) (120 fotos).
8. Del Breviario, con sus 30 capítulos, hay una larga serie de Conferencias. Cervantes sirve de eje, pero es España.

Quito, 22 julio 1948.

Lo que son y hacen los cuáqueros

(Envío de *José Pijoán*, en Ginebra).

A menudo, católicos y protestantes preguntan: ¿Qué son los cuáqueros? ¿Cuál es su fe y cómo la practican? Puede satisfacerse esta curiosidad con tres palabras: *¡Quaker, Society, Friends!*, que quieren decir: el que se estremece, sociedad, amigos.

El apodo de "Cuáquero" se dió a los miembros de la "Sociedad de los Amigos" porque Jorge Fox dijo que el solo nombre de Dios le hacía estremecer. Llenos de este respeto, es evidente que ni Fox ni sus amigos podían pretender averiguar la naturaleza del factor divino que percibimos dentro del hombre y fuera de él. Mucho menos se atrevieron los cuáqueros a formular dogmas valiéndose de escrituras y de sistemas teológicos. Así los cuáqueros quedaron inmunes de muchos de los desvaríos proféticos de los últimos siglos, de las interpretaciones exageradas de la mitología del Antiguo Testamento y de los andamios teológicos con que han tratado de sostener su fe católicos y protestantes.

La segunda palabra: "Sociedad", revela que los cuáqueros nunca pretendieron organizarse en iglesia con autoridad y jerarquía eclesiástica. Se asociaron para vivir de acuerdo con la vida de Jesús, sin dogmas ni ritos.

Por fin, la tercera palabra: "Amigos", manifiesta que los cuáqueros no ambicionan la categoría de escogidos, predestinados a la salvación. Son hombres como los demás que siguen al Cristo como a su maestro.

Fox dijo: "Busquemos lo que es de Dios en todas las cosas". Así con un respeto para lo divino que les hace estremecerse, asociados por simple amistad, los cuáqueros se reúnen a horas fijas para comunicarse sencillas experiencias espirituales. Silenciosamente, sin sermones, cánticos ni lecturas formales, escucha cada uno el arrullo del soplo divino en el corazón y si alguno de los reunidos se siente impulsado a comunicar lo que piensa, los demás atienden sin comentario ni controversia. El efecto de estas reuniones es puramente religioso, sin ningún elemento emocional o estético.

Además los cuáqueros consideran que lo divino se halla también en lo humano y así creen conveniente el informarse de cosas que muchos cristianos califican de mundanas. La evolución social y política y el progreso científico tienen también su significado religioso.

Así descubren la obra de Dios realizándose en la tierra y desgraciadamente también la obstrucción que aquella recibe de una parte de la humanidad. Cada generación de cuáqueros se esfuerza en aliviar crueldades y reparar injusticias. Los que lean la biografaí de Fox observarán que Fox y sus amigos sufrieron persecuciones por cosas que hoy parecen de poca monta: el no consentir en descubrirse delante del rey, endiosado por su poder absoluto, y el no jurar ni aceptar la autoridad religiosa de los sacerdotes católicos ni de los ministros protestantes que estaban desviando la Reforma. Más tarde los cuáqueros se aplicaron a revelar abusos en el régimen de prisiones y actualmente se esfuerzan en atacar prejuicios y sobre todo la guerra. Esta es su tarea actual.

La "Sociedad de los Amigos" se compone de unos 160,000 miembros, más de la mitad de ellos en América. Quedan unos 20,000 en Inglaterra. Los demás están esparcidos por el resto del mundo. Los pequeños grupos locales de cada distrito se reunen una vez al mes para considerar asuntos de interés común y así forman todos juntos una agrupación, sin jefatura ni local, pues que el sitio de reunión se cambia sin preferencias. Las agrupaciones de distrito a su vez se reunen por regiones cada año en lugar señalado. Los delegados regionales dentro de cada nación se reunen cada dos años. Y cada cinco años los cuáqueros del mundo entero envían delegaciones para comunicarse durante una semana, lo que han observado en su país respectivo.

En sus deliberaciones los cuáqueros no deciden por votación. A menudo para un servicio que van a emprender, tienen que decidir asuntos de importancia. Se discute hasta que se pone de manifiesto lo que se llama "espíritu de los reunidos" y al anunciarlo el que preside, nunca hay disidentes que persistan tercos en el voto particular. Si es que después de una discusión amplia se ve que no se puede por el momento estar de acuerdo, entonces en vez de hacer caso omiso de la opinión de la minoría, deciden aplazar la consideración del asunto hasta otra reunión. Guiados por el mismo espíritu amigable, al fin consiguen llegar a un acuerdo.

Los cuáqueros no son ricos, tampoco prevalecen entre ellos casos de extrema pobreza. Es tal su eficacia que no sólo son capaces de sobrevenir a sus necesidades sino que se les confían servicios humanitarios para los que otras entidades filantrópicas ya han agotado todos los medios de producir alivio o socorro de carácter internacional. El mundo actual conoce que los cuáqueros serán neutrales, imparciales y que obrarán sin vanidad ni egoísmo. Ni tan sólo demandan remuneración por su servicio de lo Alto. Su premio es una conciencia tranquila y un sentimiento profundo de viva confraternidad universal.

José PIJOAN.

Nota: La Sociedad de Los Amigos no es ni una sociedad secreta, ni una sociedad cerrada. Todo hombre que toma a Cristo como su maestro y pone en práctica sus enseñanzas puede ingresar en la Sociedad. No hay ni ritos de iniciación, ni votos, ni cuotas.

¿Qué es la Sociedad de los Amigos?

LOS CUAQUEROS

Es una asociación libre. Está compuesta por hombres y mujeres con iguales deberes y derechos. No tiene sacerdotes ni ministros. No es una secta. No cree poseer toda la verdad. Es una sociedad de hombres que desean aproximarse juntos al ideal de amor expresado por Jesús en el Evangelio. Cree que sólo el amor es capaz de engendrar amor, sólo la verdad puede hacer luz, y la acción revelará la fe.

Los "Amigos" creen que Jesús —el gran revolucionario— vino no para aportar una "religión" más, sino un *espíritu* y una *manera de vivir;* y que en la comunión íntima con el Creador, los hombres encuentran esa luz del Espíritu que seguida con lealtad dirige la vida de todo hombre por el camino de la verdad y de la paz.

La Sociedad de Los Amigos es universal porque cree que algo de Dios se encuentra en todo hombre. Ve en cada hombre a un hermano, sin distinción de raza, de religión, de nación, de color o de clase. Reconoce que por debajo de los sistemas políticos y económicos que separan a los hombres existe el vínculo sagrado de su común humanidad que los hace incondicionalmente hermanos. Este vínculo Los Amigos no lo pueden negar, ni pueden participar en aquello que constituya una negación de este vínculo divino entre los hom-

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

Una suscrición al Rep. Americano la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados Nº 60

Apartado Nº 2007
Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

bres. Por tanto, buscan lo que es de Dios en todos los hombres y en todas las cosas.

Movidos por un espíritu de profundo respeto a la vida y personalidad humanas, espíritu que se inspira en el Cristo, quien vino a redimir a los hombres íntegramente (*espiritual, social y económicamente*), los cuáqueros no pueden participar en empresas de destrucción humana tal como la guerra, ni en el espíritu que la engendra o la alienta, ni en movimientos de prejuicio racial o de opresión económica o social. A la vez que los cuáqueros se oponen a la guerra con profunda convicción y ansían persuadir a los hombres del supremo deber humano y divino de no prestarse para la destrucción de sus semejantes, su auxilio internacional se extiende a las víctimas de las guerras, persecuciones u opresiones no importa quiénes sean.

La religión de los "Amigos" se basa en la fe en esa "Luz Interior" o revelación directa del Espíritu y de la voluntad divina en cada alma que sinceramente la busca. La experiencia ha enseñado que cuando el hombre calla da a Dios oportunidad de hablar. En sus reuniones los Amigos se entregan a la meditación, o la oración dinámica. Sus reuniones no tienen liturgia. Se basan en un silencio reverente consagrado a la comunión íntima con Dios, esa comunión que es la esencia de toda vida y de toda obra que Dios ha inspirado a través de los siglos.

En esa reunión, cada persona se siente libre para compartir de su experiencia espiritual con los demás. Hay quien en ese silencio hace examen de su conducta, hay quien se siente unido con los demás en la búsqueda íntima y sincera de la verdad, hay quien abre su corazón en sencillas palabras, hay quien lee un mensaje del Evangelio o de una carta conmovedora, hay quien experimenta ese profundo regocijo al recibir la visión de la tarea que le es encomendada por el Espíritu que a través de nuestra humanidad doliente y de nuestras obras imperfectas abre caminos a su multiforme expresión. Pues los cuáqueros creen que tal vida espiritual abarca toda la vida, y se extiende a todos los problemas humanos.

La Sociedad de los Amigos, camina y lucha junto con todos los hombres de buena voluntad animados de un ideal elevado, no importa cuáles sean sus conceptos filosóficos o religiosos. Ansía ver a los hombres unidos en obras constructivas, puras, inspiradas en una visión clara de justicia social mundial y un sentimiento profundo de viva confraternidad espiritual. Pues la acción luminosa revelará la fe y creará para cada día el gozo de vivir y de servir.

Heberto M. SEIN.

Nota: La Sociedad fué fundada por Jorge Fox, de Leicestershire, Inglaterra, por el año de 1650. Los miembros de la Sociedad se llaman "Amigos". El nombre "Quaker" (cuáquero), el que se estremece, del verbo *to quake*, estremecer, vibrar, fué aplicado por primera vez a los Amigos en 1650 por un juez que lo aplicó a Fox quien había dicho al magistrado que debería *estremecerse* ante la palabra de Dios.

De la religión de los Amigos, expresó lo siguiente el psicólogo William James. (*Varieties of Religious Experience*. 1902. p. 7).

"La religión de la Sociedad de los cuáqueros que Fox fundó, es algo que es imposible de encarecer demasiado. En una época de falsedades fué una religión de veracidad, arraigada en lo espiritual dentro del hombre, y constituyó el retorno a algo más aproximado a la verdad primitiva evangélica que lo que la gente de Inglaterra jamás había visto. En cuanto nuestras sectas Cristianas de hoy evolucionan hacia la liberalidad, sencillamente regresan en esencia a la posición que Fox y los cuáqueros primitivos asumieron hace mucho tiempo".

"RADIUS"

Calle del Variedades — TELEFONO 4692

Espejos de todas las clases

Cuadros — Marcos — Objetos tallados

Souvenirs — Oleos y Acuarelas

Vidrios para sobre de muebles y para Automóviles

SERIEDAD — RAPIDEZ — EFICIENCIA

En San Juan de Puerto Rico consigue Ud. la suscripción a este semanario con:

A. VICENTE & CO.

P. O. Box 241

En Caracas, lo consigue con:

Doña Celia de Maduro

Apartado 281

Nobles agentes de enlace intelectual

(Es un editorial de *La Prensa* de Buenos Aires, 3 de agosto de 1948).

Los hombres de pensamiento que casi diariamente llegan a Buenos Aires son los más nobles agentes de enlace intelectual entre Europa y América. Los meses invernales, de intensa actividad cultural y artística entre nosotros, coinciden, afortunadamente, con la época veraniega en los países del antiguo continente. Ello favorece esta clase de excursiones tan proficuas para la mente de los estudiosos. Profesores eminentes, filósofos de obra enjundiosa y universal, literatos de fuste, poetas esclarecidos, filólogos, críticos de arte, pintores y maestros de la música, teólogos y exégetas de toda suerte, compañías que honran la escena del teatro moderno, atraviesan el Atlántico en busca de los nutridos auditorios que brindan la capital argentina y las más renombradas capitales provincianas. Nada puede ser más promisorio y simpático. Buenos Aires, desde sus más lejanos días, siempre aspiró a que por ella pasara algo así como un meridiano espiritual.

No se les ocultó a nuestros prohombres del pasado la inmensa tarea que les aguardaba para convertir al país en la "nueva y gloriosa nación" por ellos soñada. Vieron con claridad que la tendencia general se orientaba hacia las profesiones y actividades lucrativas, lo cual no era censurable, desde luego, pues de acuerdo con la pretérita sentencia, la vida precede a la filosofía, es decir, lo material hace posible y asegura el florecimiento de lo espiritual. Lo de temer era que se pretendiese continuar indfinidamente por ese camino, acumulando riquezas que acrecientan la capacidad productora de la nación, en desmedro y olvido de la curiosidad científica y de la inquietud estética.

Muchos vaticinios llevamos oídos sobre el porvenir de la inteligencia en el continente americano, heredero de los bienes espirituales del europeo y sucesor natural del mismo en la historia de la cultura. Recordaremos algunos conceptos de Paul Valéry expresados el 21 de noviembre de 1938 en la muestra del libro argentino realizada en París. Después de señalar los males absurdos de Europa y la enorme ansiedad que por entonces reinaba, dijo con palabra firme y honda convicción: "Estas terribles condiciones son mucho más amenazantes para el porvenir de la cultura de nuestro viejo continente. Ya dejan sentirse y se comprueban en los más elevados dominios de la creación y el saber: una disminución sensible de valores. ¿Qué será de nuestros tesoros y de nuestras esperanzas si una guerra acaba anonadando a la deplorable Europa?" Valéry dió él mismo la respuesta: "Una América más libre, sabia y confiada que nosotros habrá recogido lo mejor de nuestras obras y habrá recibido quizás algunos representantes de nuestras tradiciones de cultura. No trabajamos sólo para nosotros, señores argentinos, sino para que nosotros no perezcamos del todo".

Esos conceptos, releídos a diez años de distancia después de haber sido pronunciados, justifican, en mucho, la visión casi profética del poeta que sabía meditar en la historia. Para que los pueblos nunca perezcan del todo

tienen que buscar fuera de ellos relaciones inmateriales que sean capaces de prolongarlos en el tiempo. Es la tarea que les incumbe a los hombres de pensamiento. Ya no se concibe al sabio recoleto en una torre de estudio procurando ignorar lo que acontece allende las fronteras nativas. La vida es múltiple, y sólo se renueva buscando nuevos alicientes en los panoramas que las otras naciones ofrecen. Es lo que parecen haber comprendido los ilustres viajeros que hoy son huéspedes de nuestra ciudad. Buenos Aires los acoge como ellos se merecen, sin escatimarles el aplauso respetuoso que contribuye a suavizar la nostalgia que siente todo el que se trasplanta. Y lo creemos, sin jactancia, porque el año pasado, por esta misma época, M. André Maurois, al ser recibido en una institución de cultura, pudo decir: "Si pensáis que acabo de encontrarme en vuestras calles con Georges Duhamel y que vuelvo a encontrar aquí, muy vivaz en los espíritus y en los corazones, el recuerdo de Siegfrid y de Vallery-Radot, comprenderéis que me haya hecho la ilusión, al entrar en vuestra sala, que estaba a orillas del Sena..."

Sólo el calor de la sincera hospitalidad, y la comprensión amplia de las ideas y de las expresiones de la belleza, son capaces de inspirar esas palabras. Rubén Darío publicó en Buenos Aires la primera edición de *Prosas profanas*, obra que habría de consagrarle en el mundo hispano hablante. En el prólogo de ese libro estampó esta frase: "Buenos Aires: Cosmópolis. ¡Y mañana!" Ningún otro signo de admiración puede ser más expresivo. El mañana siempre pertenece a los pueblos que honran a la inteligencia.

Patria

(En el *Rep. Amer.* Envío de la autora, en México, D. F.)

Rodando por ahí, a través del tiempo, el hombre de la Patria ha ido evolucionando... ¿Qué fué en sus orígenes? ¿Cómo pudo nacer y dividir una tierra que era sólo de hermanos? ¿De dónde brotó que se hace pagar a tan elevado precio?

Cuando los hombres —aquellos a quienes se remontan la ciencia y la investigación sociológica— llegaron a la tierra y se organizaron... amándose... peleaban; uniéndose... se alejaron; su egoísmo guardaba siempre algo para sí, y ese algo crecía a medida que se evitaba el compartirlo con los demás.

Empezaron a producirse todas esas modalidades de la convivencia humana, que culminan con la guerra o con la paz, y que son las agrupaciones, los bandos, los clanes, las tribus, las razas y las naciones. El origen de todo ello debió ser el amor en sus manifestaciones polimorfas y complejas. Amor a la tierra, a las cosas propias, a la propia mujer, o al propio hombre, y con ellos a los hijos y a la casta. Instintos fueron que habrían de realizarse teniendo, como siempre, la razón y el pensamiento a su servicio, en franca lucha de superación.

Y hubieron de ser puestas en juego las pasiones humanas delimitando sus propios medios de expansión, sobrepuestas unas a otras, como corteza de coníferas, al golpe de un ritmo estable, determinando su orden lógico en la Historia.

Cuando el interés de esos seres humanos formó un grupo, buscando fuerza y poder, y se amó la tierra, y se buscó un refugio a las familias... cuando se bendijo el trabajo que proporcionaba satisfacciones, y se defendió de las inclemencias de la naturaleza y de la maldad de los demás... empezó a formarse la idea de "nación", concepto que evolucionó y depuró sus componentes a través de los siglos en batallas sangrientas, hasta que los hombres aprendieron a defenderse y a atacar para su propia conservación.

Se dice que así nació el concepto de nación y que tomó forma y sentido a causa de las luchas constantes que exigieron su reglamentación. No cabe ahora analizar el desenvolvimiento histórico de los regímenes políticos, ni su proceso evolutivo, todos ellos tuvieron como mira, la defensa y conquista de tierras, pueblos y riqueza. Para disfrutarlos fué preciso que los individuos se organizaran y que hicieran causa común de intereses y de ideales, hasta cobrar amor por lo que debían defender con sus propias vidas.

Primero necesitaron un motivo para unirse, un ideal o un fin; después, tener la fuerza necesaria, y vivir y desenvolverse en determinada región, la cual debía pertenecerles. Así, a través de la Historia, fué depurándose y definiéndose en sí mismo el concepto de nación hasta encontrarse actualmente, integrado por tres elementos inseparables: pueblo, territorio y gobierno. Son ellos justamente los mismos que aquellos hombres primitivos trataban de conseguir. La falta de uno solo desvirtúa el concepto, y mutila su personalidad política, jurídica, geográfica o sociológica.

Si eso es una nación... ¿qué es una Patria?

Suele preguntarse a los hombres de qué nacionalidad son... Normalmente responden que son de aquella parte de la tierra donde han nacido. No obstante los individuos pueden elegir la nacionalidad que deseen... de acuerdo con sus intereses. El tener la nacionalidad de un país significa poseer determinada clase de derechos a los que no todos los que radican en él, son acreedores.

Sin embargo... para poder llamar a una nación Patria, es preciso algo más que estar registrado con su nacionalidad. Es preciso tener lo que en los regímenes políticos se llama *ciudadanía*, haber nacido en la tierra cuya nacionalidad se ostenta. Así se llega a pensar, más claramente, que, para que un hombre pueda hablar de su propia patria necesita haber nacido en ella, legalmente hablando. Para amar a su Patria sería menester algo más que eso, algo más que el requisito de la tierra donde se ha nacido, independientemente de su gobierno y de la colectividad que la habite...

La *Patria* es algo fuera del alcance material de los sentidos; su naturaleza es abstracta. La Patria es un ideal, un sentimiento que se ha tejido a través de los siglos, nacido de una necesidad humana de creer y de dar, a la lucha por la existencia, una razón común.

En esta forma la Patria, es la expresión máxima, colectiva, de un egoísmo atávico, por cuyas dimensiones los hombres llenan la tierra del mundo con su sangre, tratando de poseerla... disfrazando con ideales su ilimitada ambición de poderío y riqueza. Con ello demuestran encontrarse aún a la misma altura sociológica que aquellos hombres primitivos que defendían con sus propios y peculiares medios, lo poco que poseían y lo mucho que ambicionaban.

Sin embargo... el tema *Patria* es siempre de actualidad; bajo su rubro se ocultan las más bajas pasiones de los hombres. El cariño a la tierra donde se ha nacido y el amor al prójimo debían de ser causa suficiente para borrar las asperezas de las relaciones humanas.

Habitualmente se habla "de la Patria" con especial orgullo de casta y región, por algo que se ha venido inculcando en la mente humana y que forma parte de un pasado. Es tradición que va de labios de padres a hijos; es tierra que se ha trabajado; es raza que se siente correr por las venas; es un por qué creado en el pensamiento del hombre para obligarse a luchar; es vínculo de amor que estimula y alienta.. debilitado por la falsedad de los parias de espíritu... exaltado por quienes sueñan en una Patria Universal.

Se ha abusado tanto del concepto y simbolismo de la *Patria* como se ha hecho con el de la paz. Ambos han perdido valor abstracto, para convertirse en un motivo material que arrastra a la lucha, no por su defensa en el campo del honor, sino por infinidad de motivos complejos que se manifiestan en una neurosis mundial.

Carmen VILCHIS BAZ.

Silencio armonioso

Por *Alberto BAEZA FLORES*

(En el *Rep. Amer.*)

ANTIGÜEDAD DEL SILENCIO

Ni el egipcio ni el griego andaban equivocados reverenciando al silencio, puesto que parece levantarse de él una de las hondas maneras de meditación, recuento y búsqueda interior humana. Si cabe al Egipto su elevación mítica y arquitectónica (las pirámides no son acaso, otra cosa, que una música arquitecturización del silencio) cabe a Grecia habérnoslo entregado activo y pensante, sensitivo y creador. Es sintomático que sea el pensamiento, para Platón, "un diáolgo interior y *silencioso* del alma consigo mismo" y es elocuente que sean los pitagóricos los que levantan un silencio meditativo cuando quieren oponerse a las discusiones vanas (este silencio, en ellos, es el que medita con elocuencia). No hay pues huida alguna sino al contrario: búsqueda, reflexión, ahondamiento, y, hasta coloquio meditativo. Hay una cuota grande de silencio en toda verdadera creación humana: silencio como recogimiento en el interior de la criatura, y el silencio deslizado en sus propios medios expresivos (entre palabra y palabra del poema; limitando y expandiendo la escultura y arquitectura; elevando la danza, hablando en la música que es grandiosa, en el decir de Huxley, precisamente por usar tanto el silencio). Retírese la gracia del silencio —creador y sugeridor del mensaje poético— y poesía, música, arquitectura, danza, perderán su tú-

nica mejor y su sandalia. ¿Por qué no alegrarse que sea esta palabra la que signe la frente de esta poesía, joven y activa, añoradora y tierna, de esta dulce criatura de la poesía de Centro América de hoy, Claribel Alegría?

SILENCIO Y POESIA

Cuando nuestro Martí quiso como significar la llegada de algo definitivo al destino de su vida escribió que acudían a él como temporales de silencio y fué un romántico— de esos que leyó Martí— quien dijo que la boca guarda silencio para que hable el corazón. Razón tenía Musset asegurando esta elocuencia del silencio. Por ella habla la poesía más a su gusto y a sus anchas, así este libro, primoroso e íntimo, delicado y deliciosamente poético.

Bello es recorrer y abrir este *Anillo de Silencio*, de Claribel Alegría lírica, y atestiguar en él un nuevo mundo —finamente rendido, tiernamente mantenido— con que la poesía centroamericana se enriquece y se honra. Aquel sentido del falso tropicalismo —loro repetidor y bullicioso— halla en esta obra un trópico de jugos humanos y silencios verdaderos que siempre se le opondrá. El pensar a la poesía de Centro América bulliciosa sólo puede existir en el improvisado y presuroso —o mal enterado— veedor de ella. (Allí está la obra de Darío, o de los poetas de hoy para desmentirlo. Ahí la obra de Cardoza y Aragón, de Monteforte Toledo, Geoffroy Rivas, Guerra Trigueros, Pablo Antonio Cuadra y las espléndidas promociones nuevas de Costa Rica y Guatemala para ejemplo contrario. Así el libro de Claribel Alegría que se une a la obra de Claudia Lars, en pureza y dignidad, como argumentaciones).

ANILLO LIRICO

Sueños, nieblas, mañanas soleadas suben, hacia cielos de nostalgia y cantos, en la obra lírica de Claribel Alegría. Una ternura ronca —como aquella plata pura de los ángeles— casi ahogada de tan tierna, se levanta como ola que va a la playa solitaria para llenarla de rumores. Su poesía está allí, en el aire, como una danza mantenida a milagro puro, a fuerza de sutilidades, entre el cielo y la tierra.

Nos dice de ese fuerte poder de todo poeta verdadero para cambiar nuestra habitual visión del mundo dándonos lo impresentido, lo que existiendo no veíamos. Así, el silencio es un río; la soledad se puebla de cantos; el mundo interior se ilumina. La adolescencia está allí fragante, nítida, niña aún y radiante, iluminada y nostálgica a la vez. "A mi madre" recuerda, no poco, aquellos deliciosos poemas juanramonianos a la adolescencia, en "Emoción" ("Madre, me olvido de algo y no me acuerdo...") y es buena aproximación, y saludable cercanía, esta rectora de Juan Ramón Jiménez, a quien la autora dedica un fino poema de homenaje ("Te ilumina por dentro un sol de estrellas").

SILENCIO DE NOSTALGIA Y DE TERNURA

El anhelo es un "pez de plata agitado en fantástico vuelo" y, tanto como la nostalgia y la ternura, está envuelto en música —que nunca pierde, ni distrae la poesía— en Claribel Alegría. Aprovecha el color, sin llevarlo a exageraciones cegadoras; un intimismo cálido y rendido signa el mundo lírico de *Anillo de Silencio*. A veces es una flecha sutil, una hoja de almendro, un filo de ternura el que dan música a esta alba. Quiere huir de esa sombra —que es la tristeza— y canta para distraerla, porque es vivamente joven y la tierra sonríe, más allá de la sombra y la melancolía. Pero una nostalgia de lo nunca hallado insiste y se pregunta por la puerta de la huída: esta puerta es el canto, el poema, la creación. Es nocturnal y atardecida, pero en aquella zona en que el sueño rompe las primeras playas de la aurora, y brillan —aquí y allá— inesperados hallazgos donde la poesía parece concentrarse, a la manera del coral laborioso, sonando marina y auroral, amorosa y nostálgica ("Sumergida en mi alma hay una isla"; "el cielo se abre como una inmensa flor", "como un árbol de oro vi que crecía en ti", "en mí anclan los sueños como naves" "y se llenó de lágrimas el viento"). Una nostalgia general —no se sabe si de músicas, de alguna voz, de algún nuevo ritmo, eco, canto o compañía— camina con la ternura como cuerpo con su sombra.

LAGRIMA, AURORA Y SURTIDOR

Anillo de Silencio es un libro donde todo se desborda hacia adentro, donde quedan, por lo tanto, al exterior, esas músicas ya cernidas, esas palabras vistas y gustadas como en un clima grato a los pintores impresionistas y a la música de Debussy. Nada parece desparramarse y el poema termina —justo— como un trazo, como un momento de alma. Es que la voz verdadera siempre sabe vigilar su verdadero centro y nada que no sea humanamente lírico puede subir por ese surtidor cristalino que se abre como árbol de agua, lleno de pájaros, arriba. Abajo queda, temblando, una interna raíz de agua o lágrima. A veces un meditativo sentimiento sube por este árbol de cristal inefable, como entristeciéndolo ("gradas de sombra subían del aire") y la sombra parece ser su preocupación interrogativa (la sombra es aquí el dolor del vivir sujeto a nostalgias, y también penetra en el querer). Pero queda la lluvia en la tierra, queda el corazón que sale a ver "por las ventanas del cuerpo" y esa música inefable que ella va recogiendo, aquí y allá, con finura. El tono es menor y un neo-romanticismo fino lo señala y determina, pero en ese tono de romancillos, canciones, sutilidades, está su reino grande y su triunfo. Los reflejos del sol doliente pronto se hacen aurora y esa lágrima que cantaba en el sueño se hace, finalmente, gota de lluvia y lágrima de riente surtidor en jardines. Júbilo de rocío, de juventud, de adolescencia viva, luz y pájaros, nubes de un cielo que sonríe azul en sus términos, empiezan a ocupar la nostalgia, la añoranza, de esta poesía tan verdadera y música, tan sugeridora y viva. Claribel Alegría penetra con *Anillo de Silencio*, con una voz muy auténtica y segura, en el concierto bueno y mejor de la poesía joven de nuestra América. La patria de Rubén Darío y El Salvador han de estar de plácemes por este nuevo milagro lírico en tierras mágicas de tanta belleza y de verdadero, humano, fervor de poesía.

Bayamo,
Oriente de Cuba, julio 1948.

Libros venezolanos

(En *La Esfera*. Caracas, 8 enero de 1948)

El Regente Heredia o la piedad heroica, por Mario Briceño-Iragorry. Corresponde el número veintiuno de la Biblioteca Popular Venezolana a este volumen que llega a nuestras manos por atento envío del Ministerio de Educación Nacional. En 202 páginas de apretada y amena lectura, narra el distinguido académico trujillano las peripecias de una vida signada por la desgracia e indudablemente poco familiar a los lectores criollos. Ya en la introducción el propio doctor Briceño nos advierte que pese a la bondad de esa figura histórica que se llama don José Francisco de Heredia, "el pueblo de Venezuela desconoce el nombre de este generoso amigo suyo, que quiso para él la concordia y la piedad cuando el huracán de la guerra de independencia devastaba a los hombres y aniquilaba la cultura y la riqueza".

Así es. Poco sabemos del Regente Heredia, o mejor dicho poco sabíamos de su mansa y al mismo tiempo enérgica trayectoria de magistrado, hasta que la pluma experimentada del erudito historiador vino a revelárnoslo con lujo de documentos y su ya conocida pulcritud estilística. Al modo elegante de los modernos biógrafos, que gustan de presentar a sus personajes en un plano real, esto es, actuando como hombres y no como seres mitológicos, el autor comienza la empresa de su obra mostrándonos al Regente cuando tiene que desembarcar forzosamente, junto con su novia y sus amigos en un arenal inhóspito de la costa coriana, debido al naufragio de la goleta que lo traía de Santo Domingo, su tierra natal. El episodio, que tiene la gracia y la naturalidad de una novela vernácula, tocada de romanticismo, es de un interés innegable. El doctor Briceño aprovecha aquí su conocimiento del idioma para describirnos el paisaje característico del sediento litoral, donde sólo crecen cujisales salvajes. El temple de alma del Regente queda como fotografiado, si así puede decirse, en la estampa inicial del libro.

Don José Francisco de Heredia viene a la Capitanía de Venezuela huyendo de los desórdenes provocados por la rebelión de los siervos en la parte francesa de Santo Domingo. Los inmigrantes se establecen en Coro, donde cuenta con valiosas relaciones, y andando el tiempo y tras no pocas mudanzas de fortuna, a Heredia toca desempeñar el papel de Negociador de la Paz, precisamente cuando la Revolución venezolana daba sus primeros pasos guerreros bajo la aristocrática conducta del Marqués del Toro. Heredia, monárquico insobornable, fracasa en sus gestiones, y vuelve a su isla. Se le da entonces el encargo de instalar en Coro la Real Audiencia. El integérrimo magistrado llega a la ciudad de Ampíes, a tiempo que el canario Monteverde negocia a su manera la capitulación con Miranda. Lo que sigue es la tremenda lucha que tiene que entablar el señor Regente con los "valentones" ensoberbecidos, hombres de presa, crueles ignorantes, que desprecian la Ley y carecen en absoluto de visión política: Monteverde, Cerveris, Boves y el propio Morillo, que acaba calumniándolo.

No es posible, dentro del estrecho espacio de esta nota, anotar pormenorizadamente las enseñanzas en que abunda el volumen que comentamos. Sólo queremos dar una leve idea de su contenido, que es la historia de la batalla que sostuvo en circunstancias sombrías, un espíritu culto contra la barbarie desatada en Venezuela por los caudillos realistas de la guerra emancipadora

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mia de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

(TITULOS RECIENTES)

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En La Paz, Bolivia, hay un amigo y colaborador, Luis Terán Gómez, empeñado en la difusión de los libros bolivianos. Nos acaba de remitir, y le damos las gracias, dos muy importantes; los señalamos:

Fernando Díez de Medina: *Thunupa* (Ensayos). Gisbert y Cía. La Paz. Bolivia. 1947.

"Mira en ti: esa es tu patria", dice el autor.

Lucio Díez de Medina: *La vida heroica del Libertador*. La Paz. Bolivia. 1943.

Es el Vol. 12 de la *Biblioteca del Ministerio de Defensa Nacional.*

Fijarse: el ejército de Bolivia saca una Biblioteca. Técnica, Armas y Letras se juntan en este caso singular en nuestra América.

Para el autor, Bolívar fué un Quijote militante.

*

Atención del Prefecto del Dpto. de Valencia, en Venezuela:

Cristal de Tradición, por Rafael S. Guerra, cronista de la ciudad de Valencia. Caracas, 1947.

Es una publicación municipal, en Valencia, Diciembre, 1947. En ella se manifiestan la Gobernación y Junta Municipal de Dto. Valencia, en el cuatricentenario del descubrimiento del Lago de Valencia.

(Señalemos también este caso). Ahora es una Municipalidad con sentido de la Historia.

La cultura va tocando sus teclas, en sectores diversos. Oiganla las villas y ciudades que siguen a oscuras en nuestra América.

*

Del Dr. Juan Marín, amigo y colaborador, en el Cairo, Egipto, 1948, este folleto:

Chinese Jade, by Dr. Juan Marin.

Es una conferencia dictada en el Oriental Hall de la American University of Cairo en enero 29 de 1948, bajo los auspicios de la "Friends of China Society").

Historia, arte, letras, filosofía, de todo esto hay testimonios en esta interesante conferencia, en la que se aprende mucho. Cuánto que el Oriente sabe nuestro Dr. Juan Marín, de Chile, notable escritor.

*

Homenaje de la autora, que mucho agradecemos:

Mercedes Torrens de Garmendia: *Jardines del Crepúsculo*. Versos. La Habana. 1948.

Nos place ver que dedique tan fino libro al cubano Fernando Lles, muy distinguido.

De los versos de la autora, dice Agustín Acosta: "Es una ternura que no se esfuerza en parecerlo; una seda íntima, de esas que al enjugar el llanto acarician los ojos".

En esta revista nuestra colaborador y amigo, Luis Villaronga, de Puerto Rico, ha hecho justo elogio de Mercedes Torrens de Garmendia. Véase, si no, el Nº 12 del tomo anterior.

Con la autora: López Serrano. Aptdo. Nº 85.
13 Nº 8. Vedado. Habana Cuba.

*

Manifestamos la alegría de ver llegar, de nuevo, los Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos. Ya los echábamos de menos, así los estimamos en justicia.

Se reanudan los envíos esperados con los números:

51.—Casto Fulgencio López: *Tras... Tras... Caminando*. (Reportajes líricos).

52.—J. L. Salcedo-Bastardo: *Por el mundo sociológico de Cecilio Acosta*. Ensayos críticos de Sociología y Filosofía social.

53.—Rafael-Clemente Arraiz: *Cuadernos de buena voluntad*. (Ensayos).

Valga el ejemplo que dan a los demás hispanoamericanos, los escritores venezolanos asociados.

*

Un joven muy interesante, en la política, en las letras de su Guatemala: *Mario Monteforte Toledo*. Hemos tenido el gusto de conversar con él, un día de estos. Lo recordamos con interés. Nos trajo entonces algunos libros y noticias de los escritores jóvenes de Guatemala. Ya tienen ellos imprenta propia, que les regaló el Gobierno progresista del Dr. Arévalo. Ya están editando las obras de los autores nacionales nuevos, y para ello se han asociado. Van muy bien. Sirvan de ejemplo también.

Papeles guatemaltecos que nos trajo:

Los Nos. 2 y 3 de *Plástica*, revista de divulgación artística. Editada en Guatemala, C. A., 8ª Avenida Norte, Nº 4.

Víctor Villagrán Araya: *Romances de las Tierras Altas*. 3ra. edición.

(Hay que leerlos; basta ojearlos, y ya interesan, gustan).

Humberto Hernández Cobos: *Balandro en tierra*. Itinerarios del sueño. Prosas sobre andanzas espirituales de unos mexicanos en Guatemala.

Un folleto en prosa nueva. En las Ediciones 'El Libro de Guatemala". 1948.

Ediciones del Ministerio de Educación.

En las mismas ediciones, dos novelas de Mario Monteforte Toledo, ambas con Premio Nacional:

Entre la piedra y la cruz. Grabados de P. Audivert. Guatemala, C. A. 1948.

Anaité. Guatemala. 1948.

("Aventura increíble", "principio y fin del período arborecente del autor"; la prologa Mario Monteforte Toledo, por encargo del autor).

(Vamos a leerlas, con el interés debido).

Otra novela, premiada en certamen centroamericano:

Augusto Liuti: *La antesala del cielo*. Ediciones "El Libro de Guatemala". 1948.

"es un relato sencillo... un ensayo de novela con escenario en cualquier punto del noroeste de Guatemala",.. dice el autor con modestia).

Poetas de Guatemala. Ediciones de "El Libro de Guatemala". 1947.

(Nuevos y novísimos). Búsquelos.

Manuel Luis Escamilla: *Introducción a un proceso funcional*. Premio Centroamericano. 1948.

(Trata problemas educativos: Educación parvularia, Educación primaria, Educación secundaria funcional).

(Competencia y exposición hábil. Lea este libro, maestro o profesor que nos lea, y crea).

*

A propósito de libros de educación, recomendamos este, que acabamos de recibir de la benemérita Editorial *Kapelusz & Cía*. Moreno 372. Buenos Aires:

Cómo atender y cómo entender al niño. Manual para padres y maestros. Por F. Powdermaker y Louise Ireland Grimes. Prólogo de la profesora Clotilde Guillén de Rezzano.

En la notable "Biblioteca de Cultura Pedagógica", dirigida con acierto mayor por la Sra. Guillén de Rezzano.

XII capítulos, a cual más interesante: *Infancia* (educación, ambiente, hábitos, relaciones, el sexo, actividades, juegos, autoridad); *Años escolares. Adolescencia.*

(En esta ciudad, consigue tan importante libro con don Macabeo Vargas).

*

Tres grandes potencias: El Estado, la Religión (*estables*) y la Cultura (*móvil*). La Cultura es el movimiento del espíritu en libertad. (Relea las ***Reflexiones sobre la Historia Universal*** de Jacob Burckhardt).